EL PIRATA NEGRO

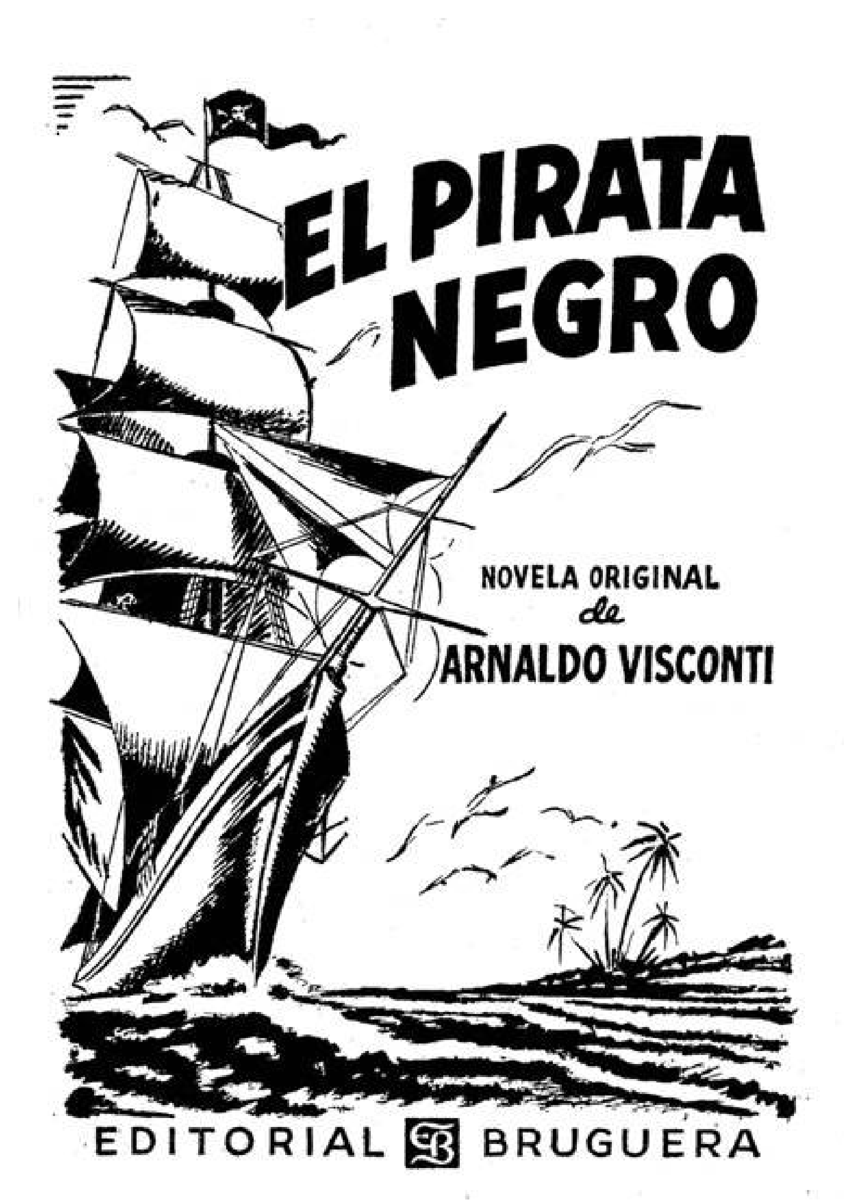
CONTIENE
UN EPISODI
COMPLE

PROVENSA

por ARNALDO VISCONTI

3'50 PTAS

HOGAR, DULCE HOGAR


EL PIRATA NEGRO
NOVELA ORIGINAL
de
ARNALDO VISCONTI
EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Hogar, dulce hogar

Colección El Pirata Negro n.° 74

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1949

"HOGAR, DULCE HOGAR"



CAPÍTULO PRIMERO

Tercer Tercio

—Nosotros por mirarlo todo o quererlo abarcar, no vemos nada. En cambio, el ciego, por concentración, lo percibe todo y con intensa hondura.

—Menos lo esencial.

Y el que acababa de replicar, hizo un picaresco guiño, que suscitó en los otros dos, divertidas sonrisas. Cada uno de ellos pensaba en la dama de sus amores.

Pero volvieron a ponerse serios al recordar el motivo de los comentarios acerca de la ceguera.

—Verdaderamente, es una pena. Yo, ciego, preferiría la muerte. Y creo que todos nosotros, somos del mismo parecer.

La conversación tenía lugar en la sala de estandartes del suntuoso cuartel donde, en la ciudad de Latacunga, sede del virreinato de Nueva Granada, alojábanse las fuerzas de permanente guarnición del Tercer Tercio.

Ostentaban estas fuerzas la bandera de los Tercios de Italia, que en dicha nación, tan brillante campaña habían llevado a cabo.

Quizá para disipar la melancólica influencia del tema, uno de los tres oficiales de servicio en aquel día da junio de 1723, dió un nuevo giro a la charla.

—Espero que el vizconde de Rada estará ya mejorado de su indisposición.

Privilegio del Tercer Tercio, era entre otros, el de ser permanente guarnición de Latacunga, la ciudad virreinal.

Y por decreto real, cuantos oficiales pertenecieran a él, debían poseer título. Un título que en actos de servicio nadie citaba, y mucho menos los subordinados.

Pero cuando entre sí los oficiales comentaban sucesos que les atañían, empleaban el título. Así, el vizconde de Rada era, a efectos de servicio, el teniente Juan José Martínez.

—Una indisposición de a lo sumo tres días — replicó Martín Durango, gentilhombre de Almenara, alférez.

—Un sencillo puntazo en el muslo izquierdo—aclaró Xavier Madrazo, barón de Mencos, teniente.

Durango y su compañero sacudieron la cabeza como lamentando el percance, o también podía parecer qua hubieran deseado más gravedad en la herida del vizconde de Rada. Habían sido testigos del duelo sostenido de entre el propio Madrazo y el vizconde.

Eduardo Zuría, hidalgo heredero de/ marquesado de Cáseda, segundo alférez que había actuado como testigo, comentó:

—En nuestra Heráldica y Reglamento de Citas de Honor, debería introducirse una mejora.

—¿Cuál?

—Como en Francia.

—Ah...—aprobó el alférez Durango—. Cuanto de Francia procede es la expresión más refinada del progreso, la civilización y las buenas costumbres. ¿Y qué mejora es la que poseen en su reglamento duelístico?

—Los testigos se baten contra los testigos.

—Imponente... — manifestó Zuría, entusiasmado—. Habrá que discutir esto cuando nos reunamos todos.

Para definir el carácter de los oficiales de] Tercer Tercio, la palabra entonces en vigor, que usaban los hombres maduros con ribetes de críticos, era la palabra "lelo", equivalente a la moderna expresión "cursi".

Soplaban nuevos vientos entre la juventud española de alta alcurnia: la moda que dictaba Francia era bien acogida.

No obstante, cuantos oficiales formaban parte del cuadro de mando del Tercer Tercio, si bien adolecían de ciertas afectaciones que rozaban lo ridículo, eran caballerosos, tenían a gala el ser generosos, y no toleraban cobardías ni mentiras.

Una gran amistad les unía, salvo leves excepciones. Pero como decía Luis Vergara, marqués del mismo nombre, capitán y primer espadachín del Tercer Tercio: "Entre hombres de buena voluntad, siempre existe un caballeroso punto de diferencia que debe

aclararse con las armas”.

“El punto de diferencia” que los más recientes duelistas, el vizconde de Rada y el barón de Mencos, había sido sucintamente originado por un breve, diálogo:

“—Martínez—había dicho Madrazo—Ese lazo azul que llevas al hombro de tu casaca de baile, no es de gran efecto. La moda exige el lazo del color de las calzas”.

“— Madrazo—habíale replicado el vizconde—, Espero que no tendrás la pretensión de enseñarme a vestir a la moda”.

"—Cada uno viste como le place, querido”.

“—Tendré el honor de que mañana a las siete, tras la ermita vieja, me des una satisfacción”— replicó el vizconde, saludando.

Asintió Madrazo, devolviendo el saludo. Ambos eran íntimos amigos. Lo cual no impidió que al día siguiente, a las siete de la mañana, Xavier Madrazo, barón de Mencos, atravesara de parte a parle el muslo de Juan José Martínez, vizconde de Rada.

Por suerte, la espada vencedora hirió carne limpia, sin afectar huesos ni tendones. Y a diario, el barón de Mencos, iba a visitar al vizconde de Rada. Merendaban juntos, y no se hacía el menor comentario sobre el duelo ni la herida.

A lo más, al despedirse, decía Madrazo:

—Todos celebraremos que tu indisposición se resuelva pronto satisfactoriamente. No seas remolón, que pocos oficiales hay en la guarnición, y tocamos a mucho servicio.

* * *

La plantilla completa del Tercer Tercio se componía de ocho compañías, sumando mil doscientos soldados, ochenta cabos, cuarenta sargentos, veinte oficiales subalternos, ocho capitanes y dos comandantes mayores. El mando absoluto lo ostentaba un coronel.

Pero de permanente guarnición, sólo estaban unas tres compañías no completas. El resto de los efectivos, ocupaba fortalezas interiores, con relevo cada dos meses.

Hasta el día 15 de junio, ostentaba el mando absoluto del Tercer Tercio, el coronel vasco Tomás Berruezo, Comendador con insignia de Muy Noble, por méritos contraídos en larga campaña brillante y heroica.

Y la noche del 15 de junio, el coronel Berruezo, recibió un

oficio, escrito y firmado personalmente por el virrey, en el que se le comunicaba su destitución del mando del Tercer Tercio, agradeciéndole los servicios prestados y enviándole con licencia temporal a España, hacia la que se dirigiría tan pronto tocara puerto el galeón-correo real.

Al atardecer del día 23 de junio, Tomás Berruezo alto, enjuto, de grises ojos fríos, rasgos faciales como tallados con hacha, aguardaba una visita.

Sentía curiosidad por conocer personalmente a su sucesor en el mando del Tercer Tercio, ya que de oídas muchos comentarios y grandemente contradictorios había escuchado.

Cuando su ordenanza vino a anunciarle que en la antesala de la habitación que ocupaba en la mejor posada de Latacunga, estaba el "señor conde Ferblanc", Tomás Berruezo, por costumbre ya adquirida, reprochó:

—El coronel Lezama, belitre. Voy allá.

El Pirata Negro, al ver entrar al coronel Berruezo, púsose en pie, saludando militarmente.

—A vos se presenta Carlos Lezama, capitán de mar, nombrado coronel del Tercer Tercio, por decreto del excelentísimo virrey. Os he importunado con petición de visita…

—¡Quitaos tal idea! Precisamente os agradezco la cortesía, puesto que nadie os obligaba a visitarme. Soy un jefe destituido y en licencia temporal, lo cual encubre malamente un arresto superior. ¡Y voto a Belcebú, que no lo lamento! Os compadezco, coronel Lezama. Y tomadlo en el buen sentido de la palabra. Vais a tener que bregar con un ganado de muy difícil monta, por no decir imposible. Ya lo veréis. Son muy gentiles, exquisitos, inteligentes… Parecen potros árabes de blanco pelaje de gala… ¡y son mulos resabiados, voto al rabo infernal!

Desahogado, Tomás Berruezo tomó asiento.

—¡Ved lo que han hecho de mí!— prosiguió—. Yo tenía fama de un hombre flemático, frío, que tardaba en hablar, y que muy pocas veces se encolerizaba. Pero ¡estos barbilindos son insoportables! Inspiran ideas sanguinarias, torturas… En fin, ya lo veréis, coronel Lezama. ¡Ah, voto al cuerno de Lucifer! Lo más terrible es que realmente no podía yo acogerme a una prueba ofensiva. Son disciplinados, cumplen, son caballeros, son la viva imagen de la

cortesía... ¡pero hieren más que si fueran groseros piratas!... ¡Maldición! Perdonad, conde Ferblanc. No hubo alusión. Fuisteis el hidalgo pirata, honra y prez de los mares. Excusadme..., Tardaré aun tiempo en ser quien fui. Esos oficialillos me han desquiciado los nervios.

—Os comprendo perfectamente, coronel — sonrió Lezama—. Tengo ya ciertos informes y sé que no me espera misión fácil. Pero estoy dispuesto a ser un ángel de paciencia.

—¿Vos?—exclamó el vasco sin ocultar para nada su profundísima estupefacción—. ¿Vos, el león plateado, un ángel de paciencia? No os molestéis si me permito dudarlo. Por mejores que sean vuestros propósitos... ¡ya veréis cuando os dé la bienvenida aquel tropel de mulos resabiados! Permitidme que os hable de mi mando accidental y accidentado del Tercer Tercio. Cuando llegué, sin necesidad de palabras ni muecas, simplemente con miradas significativas, me hicieron comprender que yo, un hombre de cuna plebeya, noble por méritos de guerra, tenía el gran honor de tenerlos a ellos por oficiales. No me encorajiné, porque era natural y lo esperaba... aunque más me hubiera gustado que con la misma franqueza que yo lo expuse, ellos comprendieran y con franqueza entraran en discusión, cuando yo manifesté que no tenía la culpa de que me nombraran coronel suyo y Comendador con insignia de Muy Noble. Vi en sus sonrisas, que mis explicaciones constituían a sus oídos, un compendio de torpezas. ¡Eso es lo malo, conde Ferblanc! Ellos no os dirán groserías, ni os provocarán. ¡Pero sus miradas, sus sonrisas, sus ademanes... todo indigna, y acalora la sangre! En fin, tengo los nervios desquiciados. Pasemos al dichoso asunto que me ha valido la destitución. ¡Ha hecho bien el virrey! Si no me destituye, hubiera sido yo capaz de entrar en la sala de Estandartes, cuando todos los oficiales estuvieran reunidos, con un barril de pólvora encendido. Por cierto, que os doy la enhorabuena por vuestra manera de retar a Ruy Garrido, el matón gobernador de Quito[1]. Sé que él insultó a vuestros familiares. ¡Y a vos, a vos, que precisamente sois viril y no aceptáis la menor provocación, os encomienda el mando del Tercer Tercio! ¿Es que, acaso, el Virrey quiere vengarse en vos de la gota, que le achaca?

—El virrey quiere ponerme a prueba. Cree que tengo maneras... algo rebeldes para resolver situaciones... Y como yo deseo formar

un hogar, sólido, estable y en tierra firme, por eso os dije que vengo dispuesto a ser un ángel de paciencia.

—Mucha os deseo... pero barrunto que pronto os veré en España, con licencia temporal, haciéndome compañía. Creedme, es un mando difícil. Vos a solas, entrasteis en Aguas Revueltas, y gracias a vos, se hundió la flota entera del corsario Blanco. Vos, recientemente, habéis apresado cuatro naves piratas... Vos, antaño reinasteis en el mar y os impusisteis contra vientos y mareas. Pero... ¿sabéis lo qué es ser coronel del Tercer Tercio? ¡Es tener las manos atadas y aguantar que mocosos!... ¡En fin, ya lo veréis!

—Ibais a contarme el motivo de vuestra licencia, coronel.

Tuvo a origen en la epidemia francesa. Sí, llamo así a la nueva costumbre. Antes, a la española, cuando dos en caballeros se batían era por razones de peso: por su dama, por su honor, por su patria. Me refiero a caballeros oficiales. Y su coronel aprobaba. Pero está de moda en Francia —e hizo el coronel un gesto remilgado—el agujerearse la piel porque uno diga que le gusta el chocolate espeso y a otro se le antoje que por no gustarle el chocolate le han ofendido. ¡Y ahí me vi! Empezó la cosa con varios oficiales en cama. Me llama el virrey y más o menos viene a decirme que el rey no paga sueldos a sus oficiales para que se metan en cama unos a otros a punterazos y refilones. Y que en Toledo no se forjan espadas para dirimir necedades. Y que yo tenía que poner remedio. Fuí, reuní a todos los oficiales, convocando a los que estaban también en fortalezas del interior y les espeté la máxima que llevan las hojas forjadas en Toledo: "No me saques sin razón, ni me envaines sin honor".

Pegó el coronel un puñetazo en la palma de su mano zurda.

—¡Voto a la pezuña de Botero! ¿Sabéis lo qué sucedió? El comandante más antiguo avanzó y en nombre de todos manifestó que en el Tercer Tercio, si toledanas eran las espadas, la razón y el honor eran cualidades indiscutibles. Y que seguramente yo, acuciado por el virrey, no había dicho en serio cuanto acababa de decir. ¿Qué me quedaba por hacer? O espada en alto, degollar a todos aquellos malignos bravucones, o lo que hice. Encogerme de hombros... Pero el virrey seguía hostigándome. No me valió el rogarle emitiera decreto prohibiendo el duelo. Dijo que tal medida en las Américas, provocaría un general descontento. Insinué que

promulgara un decreto especial, señalando que el duelo sólo podría verificarse por motivos suficientes... ¡No quiso ni oírme! Me dijo que, por coronel, estaba obligado a meter en cintura a mis oficiales. Y lo que tenía que suceder, sucedió. Me enteré que dos oficiales habían concertado un duelo, porque uno de ellos comentó que yo era un calzonazos y el otro dijo que simplemente era yo un panadero que quería ser pastelero. ¡Os permito que os sonriáis! Los dos oficiales no estaban de acuerdo. Se citaron a las siete de la mañana tras la Ermita Vieja, su lugar favorito. Acudí a las seis y media. Ya no era el coronel Berruezo, sino ¡Tomás, el vasco, que así me conocían cuando luchaba yo por tierra y mar! Manifesté que como "calzones y panadero", cosas que reconocía, los dos tenían razón y que, por lo tanto, Tomás, el vasco, tendría sumo honor en romperles la crisma. Desarmé al primero y le propiné un puñetazo en el ojo. Al otro, tras desarmarle, le hinché los labios de otro puñetazo. Y... ¡pasmaos! Los dos, muy comedidos, recogieron sus espadas, rompieron las hojas y aseguraron que habíanse deshonrado peleando con un plebeyo que acudía a los puños. ¡Que en Francia yo sería descalificado! ¿Os dais cuenta? ¡Desesperante, enloquecedor! El virrey, con mucha razón, estimó que un coronel qué para cortar los duelos, acude espada en mano y puño en alto a la Ermita Vieja, no lleva camino de arreglar nada. ¡Ahí os queda ese Tercer Tercio que Satanás confunda!... Bien, debo reconocer que todos ellos son bravos muchachos, buenos en el fondo.., ¡pero tan indignantes, que si el propio Job bajara y le dieran el mando, se convertiría en un rabioso espadachín!

Continuó Berruezo en sus desahogos...

* * *

En la sala de Estandartes, a las ocho de la noche, se hallaban reunidos los oficiales de la guarnición. Las opiniones estaban muy dividas, pera cuando uno de ellos hablaba, los demás callaban instantáneamente y no porque fuera el de mayor grado.

Pero Baltasar Ibáñez, alférez, duque de Espliego, el "bienamado", el cordobés de rostro apolíneo, el afortunado galán, estaba ciego. En reciente combate contra jíbaros, una diminuta flecha le hirió en una sien. Estuvo al borde de la muerte, pero cuando sanó, hallóse privado de la vista.

Quiso suicidarse... Pero su acendrado catolicismo, esgrimido de

continuo por el capellán del Tercer Tercio, hizo que Baltasar Ibáñez se resignara. No salía para nada del cuartel, ni quería recibir visita alguna. Y eran muchas mujeres las que pretendían visitarle.

Andaba apoyándose en el hombro de su ordenanza y tácitamente, desde que se levantó de cama, cuando lo trajeron aun grave desde el lejano campamento, ningún oficial aludió a su invalidez ni hizo en su presencia el menor comentario acerca de ella.

Hablaban con él como si nada hubiera variado. Y nada variaba en el rostro del cordobés, cuya herida de sien la ocultaban los cabellos y cuyos ojos grandemente abiertos, si bien inmóviles, parecían contemplar algo, extasiados y en realidad, dilatados.

—Pues yo os digo, señores, que este conde Ferblanc no tiene derecho a ser nuestro coronel—manifestó el capitán Vergara, marqués del mismo nombre, primera espada del Tercer Tercio—. Fué un pirata, es un advenedizo, un rufián peleador, maestro en tretas y ardides, un engreído perdonavidas, un follón.

La última palabra la empleó el marqués de Vergara para calificar aquello que le parecía incalificable.

—Pero España le debe grandes servicios—opinó un comandante.

—De acuerdo. Pero esto no basta para imponérnoslo como coronel, a nosotros, los del Tercer Tercio. Tenemos que unirnos para declarar la guerra a este pirata engreído. ¡Nuestra guerra! Sorda, callada... hacerle ver que le despreciamos, zaherirle sin necesidad de palabras. En fin, hacerle imposible su estancia de jefe.

—¡Eso es! Que regrese a sus malolientes naves! ¡Es inaudito! Hacer coronel nuestro a un jefe pirata.

—Este jefe pirata es hidalgo y conde—indicó el otro comandante.

—¡Que se calle el moscardón!—dijo en broma un capitán que ostentaba un ojo levemente amoratado—. Propongo guerra sorda contra el conde Ferblanc. Eso es. Nuestra costumbre es darnos el grado militar y no el título. Seguiremos así, pero a él, a todo pasto le llamaremos “conde Ferblanc”, empleando lo menos posible el tratamiento de “coronel Lezama”. ¡Trae acá la orden, Vergara!

Luis Vergara tendió la impresa hojilla que, nocturnamente, tras el rancho de las siete, era repartida.

—Os la leeré de nuevo, para que nos demos perfecta cuenta de

lo que sucede.

En realidad, era para que Baltasar Ibáñez, el ciego, pudiera conocer lo que decía la impresa orden.

"Hojilla de órdenes del Tercer Tercio", leyó engoladamente el capitán, cuyo ojo conservaba las huellas del puño de Tomás, el vasco. "Me salto lo que no interesa referente al servicio de retén, guardia y distribución. Voy a lo bueno: "Orden a los señores jefes y oficiales del Tercer Tercio: Nos, Renato Pereña, marqués de Alvear, virrey de Nueva Granada, mando y ordeno, en mis atribuciones del coronel honorario del Tercer Tercio, por ausencia del efectivo en mando: Que el día de lunes, veintisiete de junio del corriente año de gracia, la guarnición del Tercer Tercio, se sirva formar en el patio central, en parada de gala para ser revistada personalmente por mí, en acto de presentación del nuevo coronel, que me relevará de mi honorario mando. Siendo actualmente huésped de honor de esta ciudad, el coronel Carlos Lezama, conde Ferblanc, marqués consorte de Ferjus, que tomará mando del Tercer Tercio en el día prefijado del lunes, invito a los señores jefes y oficiales por si lo tienen a bien, a rendirle visita. Cúmplase".

Tiró el capitán la.hojilla sobre la mesa.

—Ya habéis oído. ¡Cúmplase! ¿Alguno de nosotros irá a visitar al marqués consorte? ¡No! Nos negamos a la invitación. Que comprenda que no es grato. Y que cada uno de nosotros ponga cuanto pueda de su parte, para hacerle resbalar. ¿Comprendéis? Sacadle de quicio, hacedle cometer pifias, sin olvidar que es nuestro coronel... pero que por muy poco tiempo lo será.

—Exacto. Y yo me brindo el primero — dijo Baltasar Ibáñez—. No quiero que sepa que estoy... Bueno, yo sé que nadie se lo dirá. Ni el virrey, ni el mismo coronel Berruezo. Y conmigo cometerá su primera pifia. ¡Que al menos sirva yo para algo!

Un rictus dolorido crispó las facciones del joven duque.

—Perdonad, amigos — prosiguió—. Sé que sirvo para algo. Para recordaros que un oficial del Tercer Tercio, es siempre un oficial del Tercer Tercio, esté como esté.

—¡Viva el Tercer Tercio!—clamaron al unísono todos les reunidos.

Era el día 23 de junio de 1723, un jueves. Tuvieron, pues, varios días para confabularse los oficiales del Tercer Tercio de la bandera

de Italia, de glorioso pasado.

Capítulo II

Todo para el hogar

—Agradezco la atención de haber aplazado la presentación del coronel Lezama al Tercer Tercio—dijo el Pirata Negro.

—Si bien el virrey quería que os presentaseis de inmediato, tuvo la gentileza de comprender que primero era lógico qué atendierais al recibimiento e instalación de vuestra familia.

—Peligrosa familia — sonrió, contento, Lezama—. ¿No estáis de acuerdo, almirante?

—Más peligroso es vuestro nuevo cargo, hidalgo.

—Todo sea por el hogar. Al igual que pienso dirigir un solemne discurso a mi familia, modificando ciertos detalles, pienso que mi paciente mando sea como símbolo de penitencia que cumplo por mi pasado de bravucón. Por lo tanto, en el cuartel del Tercer Tercio simbolizo una prolongación de mi hogar.

Conversaba ambos a caballo, que al paso dirigían hacia la salida meridional de la ciudad de Latacunga por donde acercábase la carroza que conducía a Mireya de Ferjus y Gabriela Lucientes, recientemente desembarcadas del “Aquilón”.

Muchos descubríanse al paso de los dos jinetes. Eran prohombres: el almirante Juan Diéguez, jefe supremo de la original “Legión del Mar” y el conde Ferblanc, paladín defensor de la Costa Dorada, que había ya logrado sanear de naves piratas.

—Pienso llamar en mi ayuda a maese Huarte—dijo Lezama—. Lo he convocado para mañana. Su pluma puede hacer más que mis silencios. Si el virrey pretende que yo corte la epidemia francesa de duelos, lo haré a mi modo.

—¿A vuestro modo?—inquirió, alarmado, el almirante—. ¡Eso es precisamente lo que no debéis hacer, hidalgo!

—Procuraré contentar a todos, aunque deba sacrificar mi honrilla. Seré cauto y prudente. ¿No opináis que ya va siendo hora de que sepa poner freno a mis ex abruptos de gallito peleón?

* * *

—¡Ay, Ambrosio! ¡Estoy emocionadísima! Por fin casada soy y hogar tengo. ¡Ay, Ambrosio! Un esposo como tú, y un hogar como el del conde. Soy tan feliz, que para estar cierta que no sueño, me tengo que pellizcar.

—Yo opino que estando aquí yo, no veo por qué has de pellizcarte tú, chata de mis pestañas y el requiebro tiene su miga porque son mis pestañas las que... ¡So, mula del pecado! ¡So!

Actuando de cochero, Ambrosio Bustamante, tiró cuanto pudo de las riendas. La carroza se detuvo.

En el pescante, junto al navarro, Carmen Villaverde púsose en pie para saludar profundamente, con alarde de equilibrio, a los dos jinetes recién llegados.

En el pescante posterior, Juan Pérez y Lucio Agudo, cuadráronse.

"Cien Chirlos", que tras Diego Lucientes y Cheij Khan, venía a caballo formando la escolta que acompañaba la carroza en que viajaban Mireya de Ferjus y Gabriela Lucientes, sonrió ufano, al ver al Pirata Negro, cuyo semblante denotaba inmensa satisfacción.

—Bienvenida toda mi familia. Para después las efusiones. Para ahora la prisa en llegar. ¡Avante, navarro! Restalla látigo y hacia el hogar.

La mansión destinada al coronel del Tercer Tercio, era una suntuosa casa, edificada en el centro de un hermoso parque. Hallábase en el exterior de la ciudad, bordeando la ruta que unía la ciudad con el puerto.

Una gran verja, custodiada permanentemente por dos soldados que en relevos formaban la guardia de honor del pelotón alojado en caserón al otro lado de la carretera, daba entrada a la alameda que conducía al edificio de dos plantas, con doble terraza circundante, la inferior cubierta por la superior.

Instantes después y tras que los doce soldados, alineados al marcial toque de triple vibración del clarín anunciando la llegada de su nuevo jefe, hubieron presentado armas, reuniéronse los viajeros en el amplio vestíbulo.

Mireya, Gabriela, el almirante y Cheij pasaron al lujoso salón, mientras en el vestíbulo quedaban el Pirata Negro, Lucientes, “Cien Chirlos” y los otros tres piratas.

Carmen Villaverde iba y venía llevando el equipaje.

—Bien, señores. Henos aquí, dispuestos a anclar por largo tiempo. Antes que a nada, debo atender a renovar nuestra piel. Somos forzosamente chabacanos, porque hasta hoy los ambientes que hemos frecuentado lo exigían. Hay que variar. Tenemos una gran facilidad para soltar palabras malsonantes, por cualquier motivo. Daré el ejemplo y seleccionaré mis epítetos, si precisos son. Pero desde este instante exijo en todos nosotros, mucho tiento en el palabreo. Exijo que sepamos ceñirnos a un lenguaje comedido. Ya no estamos en cubierta, sino en la mansión que será visitada por la sociedad que desea, que si la intención es pérfida, al menos la palabra sea exquisita.

Sonrió Lucientes, sin gran alegría:

—¿No crees, señor conde Ferblanc, que estamos ya un poco durillos para cambiar así como así

—Todo es proponérselo, don Diego. Tú, don Marcelo, así como esos tres valientes, sois el resto de mis “diez". Los antiguos, los bravos, los fieles a toda prueba. Me servísteis a bordo, igual haréis aquí. No como servidumbre, sino como escolta permanente de las dos damas que aquí tienen su hogar. Quedas nombrado mayordomo, Ambrosio. Y olvida que te apodabas “Pencas”. Olvidadlo todos. Tú, Juan y tú Lucio, seréis ayudantes de Ambrosio. Y si os pesco en actitudes impropias del cargo que ostentáis o soltando barbaridades... hay un magnífico sótano donde conversaremos privadamente. Id a lo vuestro. ¿Queréis preguntar algo, Ambrosio?—

—¿Cómo te he de llamar, señor?

—Ya te instruirá don Marcelo, al igual que hizo con Marcos, en lejana ocasión. Vete con ellos, viejo.

Al quedarse solo con Lucientes, miróle unos instantes para, tratar de analizar si quedaban huellas de la reciente aventura amorosa del madrileño[2].

Pero Lucientes ostentaba su sempiterno rostro de truhán, sin sombra melancólica.

—¿Podrá ser, don Diego?

—¿El qué, don Carlos?

—Eso.

—¿Eso, qué?

—Que mejoremos nuestros respectivos caracteres.

—Dispuesto estoy a todos los sacrificios... ¡menos uno!

—Ya... No pido tanto. Trata tan sólo de tener mesura. Hay una bodega bien provista... pero vacilo en decirte algo. Francamente, don Diego, de un tiempo para acá te has vuelto algo cascarrabias.

—Apártate que me tiznas, le dijo la sartén al cazo.

—Ya sé que tampoco soy yo un sacristán, pero quiero que me comprendas. Estimo en mucho tu opinión porque si para los demás y en apariencia eres un fulero cantamañanas...

—¡Eh, eh!—atajó Lucientes, chasqueando la lengua.

—¿Qué pasa?

Hizo el pelirrojo una leve reverencia:

—Señor conde, os haré observar que las palabras “cantamañanas” y “fulero” desentonan en este patriarcal ambiente.

—¡Bien, pues tómalo a despedida de nuestros diálogos antiguos! Tú, en apariencia un alocado, tienes un gran corazón y un despejado cerebro. Yo quiero un hogar y éste lo ha de ser. Estoy dispuesto a aguantar mucho. Haz lo mismo.

—¿Para qué?

—Tu hija, sólo como esposa de Cheij, no será feliz. Necesita saberte a su lado.

—Aquí estoy, pero no es suficiente para que por esa consideración, me ponga yo a hacer calceta, y me anude la lengua.

—Debemos dar el ejemplo. Te lo ruego.

—Bien. Haré lo que pueda. Todo sea por el hogar.

—Eso es, don Diego. Y si alguna vez nos atosiga el estar envarados en nuestra nueva casaca, silbemos la balada inglesa: Home, sweet home...

—Hogar, dulce hogar... De acuerdo y conozco la tonadilla. Y oye, ¿dónde está la bodega?

—Ese es otro tema, “Medio-Brazo”.

—Señor conde, me llamo don Diego.

—Tú eres talludito.

—Pero de muy buen ver, aparentando treinta años a lo más, gracias a mi metódica y ordenada existencia morigerada, que ha

sabido siempre huir de vicios, tales como el beber agua, acostarse pronto, madrugar y demás perversidades. Mi tez pocas arrugas tiene, porque no la surcan las marcas de la preocupación del ahorro...

—En serio y no te sulfures... Eres ya hombre hecho y derecho. Por un desengaña más... no debes entregarte a la bebida como un adolescente desilusionado. Hasta ahora, por nuestro ambiente, lógico era que las hembras que frecuentaste chasco dieran.

—Continuará mañana — dijo Lucientes, ondeando la mano—Me voy a hacer los honores de la bodega. Tengo que hacer nuestra mutua presentación. No frunzas el ceño, hidalgo. En mi alma, aprecio tu preocupación. Sé que no te molesta lo que beba, sino lo que no puede anegarse en vino. Déjame unos días... Pasará... Todo pasa y a otra cosa, mariposa. ¡Salve, conde Ferblanc! Gracias en nombre de mi hija, por el hogar qua has sabido conseguir. Y en mi nombre, por la bodega bien provista.

Al irse Lucientes, quedóse Lezama sacudiendo la cabeza en ademán pesaroso. Hubiera deseado que para el alegre y alocado sujeto, la vida reservara mejor suerte.

Presentía que de no surgir alguna nueva ilusión, quien más trabajo iba a darle, sería el discípulo de Baco.

* * *

Aplaudió alborozada Gabriela Lucientes, al terminar el Pirata Negro de hablar.

—¡Eres un encanto, padrino! Veo ya la ceremonia. Cheij atravesando bajo el arco de las espadas de los oficiales, la entrada de la catedral. Tú, esperándome en el altar... ¡Pero faltan aún tres semanas!

—Todo se andará, Gaby — sonrió Mireya—. Y hablando de andar, ¿por qué Cheij no te hace los honores del parque?

—Diplomática manera de echarnos, repámpanos—comentó la pelirroja.

—Oye, doña...—masculló el Pirata Negro—. A ti te va a convenir oír lo que acabo de decir a mis hombres. Se han acabado las palabras poco correctas. Y menos en tu boca, dibujada para susurrar delicias y hablar tiernamente, con feminidad. Olvida que fuiste la amazona. Y ahora, pasead por el parque. Y tú, chacal, nada de reírte cuando ella suelte algún ex abrupto, pues debes reprochárselo.

¿Está claro?

Idos los dos jóvenes, don Juan Diéguez manifestó:

—Hasta el lunes, disfrutad del hogar, hidalgo. Después tened presente que os deberéis a muchas obligaciones sociales. He contado algo superficialmente a Mireya, que, por vuestro hogar, habéis aceptado una ardua labor, sin los riesgos de vuestras habituales andanzas, pero extremadamente peligrosa, por lo que supone. Y confiamos todos en que sabréis, como siempre, salir triunfante. Hasta el lunes.

De lo mucho que hablaron, lo que más complació a Mireya, fue el siguiente comentario de Lezama:

—Ahora, puedes de nuevo reiterar a Humberto, la necesidad de que forme parte este hogar que, sin él, estará incompleto. Hazle mención de que en el Tercer Tercio, puede, si quiere, hallar la más selecta sociedad aristocrática y…—sonrió humorísticamente el Pirata Negro—…haz hincapié en la circunstancia de que es mi tenaz propósito, pese a todo, ser por muchos años, un coronel apacible.

Capítulo III

Un coronel apacible

Lunes, 27 de junio.

En el patio central del cuartel del Tercer Tercio la fuerza de la guarnición, en uniforme de gala, presentaba un vistoso aspecto, mientras el excelentísimo señor marqués de Alvear, virrey de Nueva Granada, con sede residencial en Latacunga, pasaba revista, acompañando al nuevo coronel.

A la revista, que mereció elogiosos plácemes del virrey, sucedió un ágape, durante el cual, los oficiales conversaron amenamente, en réplicas adecuadas, a los temas presentados por el virrey.

Cuando éste abandonó la sala, rogando que todos permanecieran donde estaban, varió levemente el ambiente.

Era insignificante el cambio, pero visible para un espíritu psicólogo. Lo era el Pirata Negro.

Empezaba la guerra sorda...

A propósito, prolongaron los oficiales el silencio que siguió a la salida del virrey.

Con sonrisa, apacible, Carlos Lezama, sentado al extremo de la larga mesa, en sitio de honor, que antes daba frente al otro ocupado por el virrey, guardó también silencio.

Y fué el capitán Luis Vergara, primera espada del Tercer Tercio, quien no pudo soportar por más tiempo la situación.

—Pido venia para hablar, conde Ferblanc.

—Decid, marqués de Vergara.

—Soy vuestro, capitán, conde Ferblanc, y no es costumbre en el Tercer Tercio ostentar los títulos.

—Ah,.. Gracias por la enseñanza, marqués de Vergara. Comprended que debo irme aleccionando. Vos afirmáis que sois mi

capitán y en réplica necesaria, sacad deducciones. Si me dais el título, ¿qué otro recurso me cabe que devolvéroslo? Soy bastante ingenuo, ¿sabéis, señores oficiales? Pero, por encima de todo, tengo un carácter en extremo apacible.

Varios miráronse de soslayo... El Pirata Negro asió un racimo de uvas y mientras lo picoteaba, grano a grano, volvió a sonreír, con inexpresiva mueca, que había estudiado ante el espejo, proponiéndose fuera su "réplica" para todo:

—Sé que son vuesas mercedes un poco arrebatados de genio, como conviene a todo brioso oficial. Tengo informes de que menudean los lances de honor. ¿Es así, capitán Vergara?

—Así es, conde Ferblanc.

—Gracias, marqués de Vergara. No crean vuesas mercedes que les recrimine como coronel. Soy de los que piensan que las espadas no deben criar moho.

Fué ahora evidente el asombro en todos los rostros. Tenían la certidumbre de que el virrey, por lógica, debió haber insistido mucho acerca del nuevo coronel, en la necesidad de cortar en lo posible todo duelo entre oficiales.

—No deben criar moho nuestras espadas—insistió el Pirata Negro—. Desgraciadamente, la mía ha de permanecer inactiva. A ello me obliga el cargo honroso que el excelentísimo virrey me ha otorgado. Pero vuesas mercedes sigan batiéndose tanto como gusten. Unicamente, como coronel, les pido y a ello están obligados, que antes de ir a la ermita Vieja, vengan a verme. Me hablan del asunto, les diré lo que pienso y después irán a batirse, si continúan con ganas. Cosa convenida, ¿no, señores oficiales?

—A la orden, coronel.

—Ahora, excúsenme. Pienso permanecer en el cuartel lo menos posible. De diez a doce, todas las mañanas, como es mi obligación. Les quedo agradecido por la cordial acogida y la amable deferencia de este ágape.

Cuando hacía ya cinco minutos que habíase marchado Lezama, rompió el asombrado silencio Luis Vergara:

—¡Qué follón! ¿Quién entiende eso? ¡Y es el famoso Pirata Negro! ¡El alud Ferblanc! ¡El ciclón! ¿Y lo habéis visto? Parecía un apacible notario... Nos da la razón, agradece la acogida, el ágape... Yo creo... ¡creo que pretende rizarnos los bucles!

—Señores—opinó un comandante—, a lo mejor no es que pretenda tomarnos la cabellera. Posiblemente, por su cargo, ha decidido ser benévolo.

—¡Ya cambiará! ¡Palabra que cambiará! ¿O es que supondrá que va a poder con nosotros?

Martes, 28 de junio

A las diez de la mañana, cuando, anunciado por el triple toque de clarín, acababa Lezama de poner el pie en su despacho del cuartel, el ordenanza de puerta anunció la visita de dos oficiales.

—Mi coronel: los señoras tenientes Magaña y Vela piden ser recibidos.

Al signo de asentimiento, penetraron los dos oficiales, y el ordenanza cerró la puerta tras ellos.

—Buenos días, señores. ¿En qué puedo servirles?

—Venimos, conde Ferblanc, a preveniros que mañana nos batiremos, a las siete de la madrugada.

—Magnífico...—aprobó, con la necia sonrisa estudiada, el coronel Lezama. —Tomad asiento, mientras intento reconoceros.— Y a la vez que hablaba, alcanzó Lezama una carpeta que tenía sobre la mesa, de la que extrajo dos hojas, que comentó en voz alta, como si permitiera oír sus pensamientos: —Teniente Tiburcio Magaña, barón de Portillo. Teniente Enrique Vela, conde de Lezno. Según esos informes, están vuesas mercedes emparentados por estrechos lazos familiares y también por amistad que data desde la infancia.

—No os engañáis, conde Ferblanc. Estamos y estaremos ligados por el más íntimo afecto.

—Sin embargo, queréis batiros.

—Es nuestro derecho—dijo Magaña, altivamente.

—¡Quién lo duda! Es mi derecho saber la causa, si no os parece excesivo, barón de Portillo.

—Juzgad vos mismo, conde. Yo he sostenido que visitar a una familia de mercaderes, luciendo el uniforme, es impropio. Mi amigo, el teniente Vela, ha sostenido lo contrario. Nos hemos picado y nos hemos desafiado.

—En efecto, la cosa no es para menos—aprobó, sonriente, Lezama, con cabezadas solemnes y grave entonación.

Los dos jóvenes oficiales miráronse sorprendidos: esperaban, como los demás con quienes lo habían comentado, que el nuevo

coronel trataría de evitar el duelo.

—La injuria está bien clara—siguió diciendo Lezama—. Bátanse, señores, pero seriamente, porque la cosa lo merece. Un duelo no es sino un juego ridículo si no queda en el campo del honor un hombre muerto. Hasta mañana, señores. El que esté vivo recibirá mi más calurosa felicitación.

Los comentarios fueron de todo calibre.

Cuando a las doce salía Lezama, tras la obligatoria revista efectuada poco después de haber recibido a los dos tenientes, vió que al final del pasillo un oficial cerraba el paso.

Era Baltasar Ibáñez, el alférez cordobés, de reciente herida en la sien. Su ordenanza, obedeciéndole, acababa de dejarle allí mismo, por donde dos hombres de frente tenían forzosamente que chocar si a la vez pretendían pasar.

Carlos Lezama mordióse levemente el labio superior cuando vió al oficial que, "mirándole", silbaba una canción guerrera, mientras le cerraba el paso.

Por simple cuestión de disciplina, aquel alférez, no sólo debía cederle el paso, sino también saludarle.

Detúvose Lezama esperando, e iba a irritarse, cuando, de pronto, en su mente la balada "Hogar, dulce hogar..." dejóse oír.

Sonrió neciamente.

—¿Puedo rogaros, señor alférez, que me permitáis salir?

—Y vos, ¿quién diablos sois?—replicó desabridamente, con voluntaria tosquedad, el ciego.

Era "la bombarda" preparada con los demás oficiales, que transitaban por allá, en espera del "ridículo". Exprofeso, el ciego no había asistido al ágape, y estaba, como es natural, exento de todo acto de servicio. '

Por otra parte, el ayudante había quitado de las hojas de informes, la perteneciente al alférez Ibáñez.

Sonrojóse Lezama a efectos de la cólera. La réplica grosera, insolente, del alférez, era algo inesperado, inaudito.

Y, de pronto, algo le frenó instantáneamente cuando iba a replicar con violencia.

Algo extático en la faz del que le cortaba el paso se complementaba con la carencia absoluta de pestañeo y la fijeza de las pupilas...

—Perdonad, señor alférez. Pero creo no conoceros. Seguramente no sabéis quién soy. Permitidme que os haga saber que soy el conde Ferblanc para vuestro título, y el coronel Lezama para vuestro grado.

No le quedó más remedio al cordobés que saludar en primer tiempo.

—A la orden, coronel. Ignoraba que fuerais vos, porque no os vi venir.

Era la réplica que, sin faltar a la verdad, estaba preparada para irritar al “no grato”, ya que encerraba una aparente mentira.

—Y porque no me conocíais, alférez. Además, este pasillo está obscuro. Buenos días, alférez.

Salió del pasillo, y en la amplia corredera que conducía al pórtico de salida montó Lezama a caballo, atravesando la verja, y pensando en lo extraño del reciente suceso.

Indudablemente aquel alférez estaba ciego... ¿Quién era? No había leído informe alguno.

Ya al exterior del cuartel, llamó:

—¡Sargento! Solicitad del capitán Vergara que se presente aquí, que le aguardo.

Luis Vergara acudió.

—¿Deseáis, conde Ferblanc...?

—Os nombraron mi ayudante, marqués de Vergara. ¿Cuál es vuestra principal obligación en lo que concierne a informes de oficiales?

—Tenerlos completos, conde Ferblanc.

—¿Quién es, pues, el alférez que ahora deambula apoyado en el hombro de un soldado?

—El alférez Baltasar Ibáñez.

—¿Dónde está su informe?

—No consideré necesario conservarlo. El alférez Ibáñez es inválido. Ha perdido la vista.

—Ah, bien... Pero se aloja en nuestro cuartel, ¿no?

—Se aloja en el cuartel del Tercer Tercio.

—Entonces, querido marqués de Vergara, si mal no he leído la Ordenanza Especial para el Tercer Tercio, tiene una cláusula que especifica que el ayudante podrá quitar informes de inválidos pero deberá informar de la presencia en alojamiento de nuevos oficiales,

o de todo oficial en transeúnte. ¿Me equivoco? Corregidme.

Llevaba Lezama siete días consecutivos estudiándose el Reglamento copioso del Tercer Tercio. Y tenía buena memoria.

—Es tal como decís, coronel—dijo involuntariamente, Vergara.

—Entonces, capitán, tendréis la bondad de subsanar vuestra omisión. Me escribiréis un detallado informe de la personalidad del alférez Ibáñez. Y, según el artículo 64, por omisión, os corresponden ocho días de arresto. Pasad, por tanto, a Sala de Estandartes, a cumplir, sin dejar por ello el servicio.

Saludó el capitán, temblándole de cólera los labios, e iba a retirarse, cuando dio media vuelta al oírse interpelar por el jinete:

—Por cierto, capitán. El artículo 65 dice que la omisión hecha con mala fe supone expediente de degradación. Debo suponer que un oficial del Tercer Tercio es incapaz de mala fe. ¿No es así vuestro parecer? No hubo, pues, mala fe. Buenos días, capitán.

Luis Vergara juró y perjuró que tarde o temprano, él mediría su espada con el que "estaba sacándole de quicio, con sus necias, sonrisas y sus disparo*¡s taimados".

Pero cumplía su arresto, y no podía batirse con un coronel por la peregrina razón de que éste aplicara el Reglamento.

Los otros consoláronle asegurando que si hallaba medio normal de provocar particularmente al conde Ferblanc, todo quedaría arreglado, ya que el coronel que se batiera con un oficial quedaba destituido fulminantemente.

La guarnición de Latacunga aburríase, y en algo había de divertirse, dentro del cuartel.

Miércoles, 29 de junio

A las diez y media de la mañana, al pasar la obligatoria revista de relevos de guardias y destacamentos, el coronel Lezama se detuve ante los tenientes Magaña y Vela.

Sonrió neciamente, pero supo expresar asombro.

—Pero, ¡cómo! ¿No ha tenido consecuencias el lance?

—Perdón, conde Ferblanc — replicó Magaña—. Y ved la prueba de la soberbia estocada que he recibido.

Y mostró su brazo derecho en cabestrillo,

—Bah... Una simple rozadura—replicó, sonriente, Lezama—. ¡Y os habéis contentado con esto! ¡Habéis olvidado que se trata de una cuestión de primer orden, una cuestión de etiqueta! Algo en que va

la honra entera del Tercer Tercio. Vaya, señores tenientes, es preciso volver a empezar; mañana, en la Emita Viaja, uno de los dos ha de quedar definitivamente en el terreno. ¿Qué dirían, si no, los plebeyos comentaristas de Latacunga? Como coronel, por más apacible que sea, me sonrojo al oír que se dice que dos oficiales del Tercer Tercio juegan a ser duelistas. ¡Eso es insoportable! Yo sé que no lo permitiréis.

Jueves, 30 de junio-Viernes, 1 de julio

El teniente Magaña no apareció por el cuartel. Pero su hoja de informes continuaba en carpeta. Envió un parte por enfermo alegando que "una indisposición comprobada le retenía forzosamente en el lecho".

Sábado, 2 de julio

A las diez, los oficiales Durango y Zuría pidieron ser recibidos, solicitando permiso para batirse en duelo al día siguiente.

—En el apartado especial de las Ordenanzas del Tercer Tercio—manifestó Lezama—, se especifica claramente que, para que tenga lugar la concesión de permiso, debe finalizar cualquier otro lance pendiente. Esperen, pues, vuesas mercedes a que termine el concertado entre los tenientes Magaña y Vela. Es cuestión de reglamento, etiqueta y compañerismo.

A las doce, al salir Lezama del cuartel, un hombrecillo endeble, de gruesas gafas y poco aseado continente, que estaba aguardando, le salió al paso.

Desmontó Lezama, enlazando las riendas a su brazo izquierdo, y echó a andar a pie junto al hombrecillo.

—¡Albricias, maese Huarte! Celebro veros.

Alfredo Huarte, el gacetillero lunático, todo corazón y bondad, sentíase siempre desasosegado junto al "león", al cual apreciaba, pero temía.

—Acudo tarde a vuestra amable invitación, conde Ferblanc. Pero me entretuve dando los últimos toques a la organización de *La Voz del Hurón*, que en buenas manos queda.

—Os necesito, maese. ¿Vos qué opináis del duelo?

—¡Execrable costumbre que debería avergonzar a quienes...!—Y se interrumpió el gacetillero, sudando de pronto copiosamente.

Miró suplicante al espadachín. Carlos Lezama rió muy a gusto, palmoteando con cuidado el hombro de su acompañante.

—Me han encomendado la misión de terminar con los duelos por banales motivos, maese. Debéis colaborar conmigo. Con la pluma podéis hacer gran labor. Fustigad, arremeted, luchad contra el duelo. Os he conseguido amplias facultades para que en Latacunga lancéis a la calle la tercera *Voz del Hurón.*

—Siempre añado a mi inmensa gratitud nuevas causas, señor conde. Vos sois mi benefactor y...

—Bueno, no abuséis de mi apacible temperamento maese. Pasad esta tarde por casa: Mi esposa os recibirá con gran agrado. Habla siempre de vos en los mejores términos.

Domingo, 3 de julio

Tiburcio Magaña, convaleciente, paseaba tomando el aire, apoyándose en el brazo de Enrique Vela, su vencedor en los anteriores duelos.

Habían elegido una alameda desierta. Pero por confidencial conducto el Pirata Negro sabía dónde estaban.

Y apareció al extremo de la alameda, como otro paseante más en busca de soledad.

—Buenos, días, tenientes. ¡Ah! Veo que ya estáis bien, teniente Magaña. ¿Podéis sostener una espada?

—¡Sí, conde Ferblanc!

—Entonces, barón, mañana ha de terminarse este enojoso asunto que se prolonga en exceso, poniendo en entredicho la honorabilidad indiscutible del Tercer Tercio. Los plebeyos son muy maliciosos, y prodigan la calumniosa insolencia de que los duelos son de mentirijillas. Además, dos camaradas vuestros esperan turno. Por compañerismo, por disciplina, y sin más tardanza, mañana reanudaréis... Pero ¡esta vez debe concluirse!

Enrique Vela conde de Lezno, pronunció las palabras como si las mordiera, agresivo el mentón:

—Parece, conde Ferblanc, que tenéis empeño en que uno de los dos muera en el terreno del honor.

—¿Yo?—Y puso Lezama cara de ingenuo asombro. —No, no... Son vuesas mercedes las que se baten en duelo. Pero si no queréis acatar el reglamento, mañana cederé turno, mas, lógicamente, descalificaré a vuesas mercedes para sucesivos duelos, con edicto basado en el Reglamento, y arresto por desacato a mi orden. Buenos días, mis tenientes.

Lunes, 4 de julio

—El teniente Vela pide ser recibido, mi coronel—anunció el ordenanza de puerta.

Entró Enrique Vela, conde de Lezno. En su semblante lívido destacaba aún más el reciente corte que surcaba su mejilla.

—Tengo el desgraciado sentimiento de verme obligado a anunciaros, conde Ferblanc, la muerte del teniente Magaña.

—Lamentable. Pero murió como un valiente, ¿no? Queda, pues, a salvo el honor del Tercer Tercio, que empezaba a quedar en entredicho.

—Os vengo a comunicar que pido ser destinado a otra guarnición, coronel.

—El artículo 32 hace constar que los oficiales enrolados en el Tercer Tercio sólo podrán ser destinados a voluntad de su coronel, o por causa justificada. ¿Qué causa alegáis?

—¡Vos... vos nos sacasteis de quicio! ¡Vos nos obligasteis a batirnos! ¡Vos me hicisteis matar a mi amigo Magaña!

—Calmaos, teniente. Por sentimiento que excuso acabáis de lanzar falsas acusaciones. ¿Estáis dispuesto a repetir ante testigos cuanto acabáis de decir?

Por un instante el conde de Lezno pareció dispuesto a arrojarse sobre el hombre que sonreía neciamente.

Se contuvo. Era perder su carrera. No podía sostener lo que en privado acababa de decir.

—Retiro lo dicho, conde Ferblanc.

—Gracias, conde de Lezno.

—Privadamente... ¡os odio!

—Privadamente, os replico que me tiene sin cuidado que me odiéis o que me améis. Sois oficial del Tercer Tercio, y si yo os soporto, soportadme. Privadamente, lloraréis el haber matado a un amigo de infancia, por necia querella y necio afán de honrillas. Ahora, ha terminado esta privada conversación. ¡Teniente Vela! Tened a bien indicar a los señores oficiales que se presenten inmediatamente en mi despacho,

Uno a uno, fueron entrando los oficiales, silenciosos y sombríos. Sonriente, con apacible entonación, dijo Lezama:

—Me satisface comunicar que el teniente Vela ha zanjado honrosamente su diferencia con el teniente Magaña. De ahora en

adelante, no concederé más que un permiso a la vez. Y como españoles, nos hemos acostumbrado a que cada lance termine como éste, que añade lustre y esplendor a la bandera que con tanta bizarría vuestros antepasados pasearon triunfalmente por Italia. ¿Quiénes desean permiso para batirse?

Aguardó unos instantes, pero nadie replicó.

En la Sala de Estandartes el capitán Vergara manifestó la opinión general:

—¡Maldito sea!... ¡Quiere que nos matemos por asuntos de poca monta! ¡No se saldrá con la suya! Claro... Lanza esas indirectas de que, si no nos matamos, queda en entredicho nuestro valor... ¿Se burla de nosotros? Juro.....¡juro que sabrá quién soy! Juro que lo dejaré tieso tras la Ermita Vieja.

—Cuidado, Vergara—advirtió un comandante—. Debes hallar motivo justificado... No podemos olvidar que es nuestro coronel.

—¡Ya sabré hallar motivo más que necesario! Ese motivo que, desde que España es España, justifica la muerte de un hombre.

Martes, 5 de julio

Sobre su despacho, encontró Lezama un oficio lacrado con los sellos personales del virrey.

Era una invitación-orden a presentarse con la máxima urgencia ante el virrey.

Renato Pereña, marqués de Alvear, estaba en compañía del almirante Diéguez, cuando penetró en su despacho el flamante coronel del Tercer Tercio.

—Buenos días, coronel—saludó con rostro serio el virrey—. Seré breve. Os encomendé y di carta blanca en el asunto de los frecuentes duelos del Tercer Tercio. He sabido por relación exacta lo sucedido entre Magaña y Vela. No habéis cejado hasta que Magaña quedara muerto.

—Yo, no, excelentísimo señor. Fué la espada del teniente Vela la que terminó con la prometedora vida del teniente Magaña.

—Bien sabemos que sabéis ser exasperante. Y eso lograsteis. Posiblemente escasearán los duelos, pero habéis sido... cruel, implacablemente cruel.

—La muerte de un necio evitará otras, excelentísimo señor.

—Este que llamáis necio, tenía madre, que lo está llorando.

—Nunca pensó en ella Magaña cuando concertaba duelos por

motivos baladíes. Perdonad, excelentísimo señor, pero no pude dejar oír mis sentimientos naturales. Soy un coronel apacible, porque así me habéis puesto a prueba. Si fuera el Pirata Negro quien mandara en el Tercer Tercio, yo habría hablado a ese par de jovenzuelos en otra forma. Les habría calentado las orejas, y seguramente habría hecho mención de la madre que ahora está llorando. Pero tengo que atenerme a la ley sensata de un Reglamento que ya me sé de memoria. Cumplo como coronel, y soy un coronel apacible.

—En efecto, así es—replicó tiesamente el virrey—. Es innegable que, tanto para los oficiales, como para mí, estáis cumpliendo en forma irreprochable. Pero ¿sabéis lo que ocurre? Empiezan a odiaros, señor conde.

—Soy coronel impuesto, y no pretendí ni quiero afectos. Voy de diez a doce al cuartel, como es mi obligación, y nada más; ellos no me visitaron, ni presentaron sus respetos a mi esposa, como es voluntaria costumbre de gentiles oficiales. Sólo una cosa me importa, excelentísimo señor. Mi hogar, y no faltar al reglamento.

—Bien... Estáis a salvo desde el punto de vista legal... Vos, ¿qué decís, almirante?

—Podrá haber sido cruel, pero ha cumplido lo ordenado, señor. Y si ellos pretendieron sacarle de sus casillas, se han vuelto las tornas. Indudablemente, nuestro amigo el conde Ferblanc sabe ser el apacible coronel que necesita el Tercer Tercio



El gacetillero, ajeno a la llegada de Lezama...

Capítulo IV

Visitas en el domicilio del Coronel Lezama

—Veamos, veamos, maese. Decís que la marquesa os ha enviado a mi despacho personal, considerando que yo os puedo ayudar.

Y Diego Lucientes, apoyado de codos en la mesa, junto a un tonel, en la bodega de la morada del coronel Lezama, trasegó una copa más del barrilito que con un largo tubo mantenía unido al barril proveedor.

Alfredo Huarte quitóse las gafas para limpiar los gruesos cristales.

—Vos sabéis, señor Lucientes, que la marquesa me honra con su bondadoso consejo. Yo he recibido un difícil encargo del conde Ferblanc. Me encomendó que arremetiera con la pluma contra el duelo. He leído mi artículo a la marquesa..., y lo encuentra flojo. Y me ha dicho que vos os aburrís y que habéis escrito a tiempos perdidos muchas controversias sobre toda clase de temas.

—Favor de Mireya... Leedme vuestro artículo.

—¿No os aburrirá en demasía?

—Llevo ocho días de mortal aburrimiento. Un poco más, un poco menos, no rebosará la copa. A ello, maese, y por si os ha de servir de ánimo, os diré que sobrellevo una crisis de misantropía y misoginia. Me revientan hombres, mujeres, niños, ancianos y efebos. En fin, toda la raza humana. Pero vos no me sois antipático, porque no os considero de la raza humana, sino un intermedio entre don Quijote y un ángel valeroso. Leed.

Ajustóse Huarte las antiparras, para desenrollar el papel escrito que llevaba bajo el sobaco.

—Tened en cuenta, señor Lucientes, que abandoné mi habitual estilo declamatorio, tratando de ridiculizar...

—Al grano, maese. Yo soy vuestro crítico.

—Pues... Intitulo mi artículo, que habrá de aparecer en el primer número de *La Voz del Hurón*, que saldrá en Latacunga, gracias al apoyo del virrey, por favor del conde Ferblanc... Lo intitulo "Diatriba razonada contra la tradicional majadería del duelo".

—Un título que no está mal, a fe mía..., pero oigo crujir vuestras costillas, de resultas de los palos.

—He hecho voluntario sacrificio de mi vida, en pro de la buena causa, y si el duelo llegara a suprimirse, consideraría feliz mi sacrificio, aunque humana recompensa no espero.

—¿Sabéis sostener una espada, maese?..

—Nunca luché. Nunca esgrimí. Nunca tiré.

—Vaya.. Será paradoja, pero para atacar a los duelistas con la pluma, deberíais ser una espada de primer orden. En fin, al grano y leedme vuestro artículo. Si ronco, advertídmelo amablemente.

Conocía maese Huarte al excéntrico pelirrojo. No se formalizó, y fué leyendo:

> "Se ha hablado mucho en pro, en contra y sobre el duelo. Creo, sin embargo, que no se dirá nada que sea definitivo sobre asunto tan discutido, mientras no se hayan reunido en un legajo único todos los documentos relativos al proceso histórico del duelo."

—Como veis, señor Lucientes, empleo un estilo llano, sencillo, legalístico...

—Oigo. Avante, maese.

> "Una historia anecdótica del duelo desde sus orígenes hasta nuestros días, sería el único argumento sin réplica contra un prejuicio tan arraigado.
>
> "Quisiera el firmante que en el libro que imagina no se olvidase ningún género de duelo, desde el sangriento y feroz, hasta el inocente y grotesco. La mísera nomenclatura de los duelos cómicos y burlescos sería, ciertamente, de tanta eficacia contra el duelo como la lista de los duelos bárbaros y dramáticos.
>
> "Claro es que la costumbre del duelo se perpetuará por

tanto tiempo como se deje creer, a dos tontos que hayan ido al terreno para abrazarse después y convidarse a almorzar, o al tunante que acaba de matar a un hombre honrado, pero inhábil, que han ventilado un asunto de honor.

”Una relación exacta y bien hecha de todos los combates singulares no dejaría de demostrarnos, en efecto, que, con pocas excepciones, los duelos que no son odiosos, caen por algún lado en el ridículo.”

"Ahora bien, si alguna vez se ha de concluir con la inexplicable monomanía que pone la espada en manos de personas que no tienen serio motivo y a menudo ningún deseo de batirse, será por medio del ridículo.”

Por la escalera de la bodega, despaciosamente, sin ser oído, descendía el Pirata Negro, e hizo señas a Lucientes, que le daba frente, para que no descubriera su presencia.

El gacetillero, ajeno a la llegada de Lezama, siguió leyendo:

“¿Quiere esto decir que yo pretenda que el duelo haya de desaparecer completamente de nuestras costumbres? No; pero quisiera que fuese reglamentado.

"Quisiera que hubiera magistrados para el duelo, como en los antiguos y honrosos juicios de Dios, en que se combatía por causas justas, que honraban al vencido y glorificaban al vencedor.

"Quisiera un tribunal de honor, ante el que debieran comparecer las personas que tuviesen algún motivo poderoso para querer quitarse la vida. Este tribunal, restaurado de los tiempos antiguos, pero acomodado al progreso de las costumbres, enviaría a batirse a aquellos a quienes una causa grave, cuando no legítima, incitara a esgrimir la espada.

"Impondría crecidas sanciones o la condena a galeras a los que comparecieran con vanas y fútiles querellas. Unos árbitros, nombrados por ese tribunal deberían regir las condiciones del combate. No consentiría que un miope incapaz de hacer blanco sobre un buey a tres pasos de distancia, tuviera que batirse en condiciones de vergonzosa desigualdad para su adversario, contra un hombre diestro en

el manejo de pistola.

”El transgresor de tal prohibición incurriría en un castigo severo e inevitable. Seguiría uno batiéndose en defensa de lo inviolable, para vengar el honor de la esposa, la hija, la madre o la hermana. Pero no para vengar el honor de damitas que no tienen en estos asuntos nada que perder ni ganar.

"Propongo, pues, como primera medida, un tribunal así constituido, y con el fin indicado.”

Se detuvo en la lectura el gacetillero.

—No escribí más, señor Lucientes. Yo mismo estimo que esto es frío, plúmbeo, soporífero. No es artículo recio... Por eso acogí la amable sugerencia de la marquesa. Y vengo en petición de vuestro consejo.

—¿Queréis mi consejo, maese?—Y Lucientes habló como si no estuviera presente el Pirata Negro. —De todo vuestro artículo, sólo algo hay positivo. Vencer con el ridículo. ¡Eureka! Ridiculizar. ¿Sabéis qué es lo que en gacetillas francesas se llama *potin*?

—No.

—Para no incurrir en castigo de libelo, los gacetilleros de la abundante crónica escandalosa de París anotan sólo las iniciales de los personajes colocados en desairada postura... Pero todos los de su círculo social saben de quién se trata. Cojamos, por ejemplo, algo de esta ciudad. Hablando con un soldado, al cual invito a visitarme en este despacho personal, me he enterado de muchos rumores de Latacunga. Por ejemplo: hay un oficial que frecuenta asiduamente la casa de un mercader. Hace la corte a la esposa, a la hija y a la hermana del mercader. Es un espadachín consumado. Se llama Luis Vergara, marqués del mismo nombre, y capitán del Tercer Tercio. El mercader, como marido ignora, como padre está intranquilo, y como hermano está tranquilo. ¿Qué puede suceder? En nombre de la moral, muchas cosas reprobables. ¿Queréis aplastar al espadachín? Figuraos que en el primer número de *La Voz del Hurón* aparece una nueva hoja, titulada “Crónica de chismes” o algo por el estilo. Los nombres y apellidos del mercader, su esposa, su hija y su hermana, al igual que del rompecorazones, sólo irían en iniciales, y después algunos puntos. Tantos puntos como letras no se escriben.

Y con gracejo, pero en nombre de la moral, decid, por ejemplo, que una espada valiente pierde valentía en casa de tres mujeres indefensas por hospitalidad del generoso mercader. Ridiculizad al presunto rompecorazones. Y veréis los resultados.

—¡Magnífico! Esa es una idea genial, señor Lucientes. ¡Es introducir un adelanto en el poder de lo impreso I

—Y una tumba con el epitafio “Yace aquí un gacetillero, que si de pluma certero, no pulsaba el hierro”— dijo Lezama, viniendo a sentarse entre los dos hombres, de espaldas al tonel—. Tienes mucha razón, don Diego, pero no quiero que maese Huarte perezca en la flor de la edad. Debe aún hacer grandes cosas, pluma en mano. He estado meditando mucho en ti estos días, don Diego. Te aburres, ¿verdad?

—Horrores.

—Bebes mucho, ¿verdad?

—Horrores, y a tripa llena y contenta.

—No os vayáis, maese. Vuestra discreción sobra. Mi amigo y yo apreciamos vuestra presencia. Te hace falta una ilusión, algo en qué distraerte, ¿verdad?

—Verdad de la grande.

—¡Eureka!, como dijiste antes. ¡Esta es tu diversión!—y señaló Lezama al hombrecillo, que asombrado rodó tras los gruesos cristales sus ojos de miope. —Sería muy efectiva la hoja de chismes... si quien la firmara fuera alguien dispuesto a atravesar los brazos derechos de cuantos duelistas hay en Latacunga. Tú, don Diego, me igualas. No hay, pues, en Latacunga quien te aventaje. Los duelistas son ventajistas. Vendrán a romper las quijadas del que les ridiculice. Tú no eres oficial. Rompe quijadas. ¿No será divertido?

—Horrores—aprobó Lucientes, con sincero asentimiento.

—Así te aburrirás menos y beberás menos. Tu pulso sigue siendo recio y firme, pero lo perderías si chupas tantos toneles. ¿Qué os parece, maese, don Diego Lucientes como colaborador vuestro?

—Honradísimo, señor conde. Un defensor de la moral.

—Vaya... Me he oído llamar muchas cosas pero nunca eso que acabáis de calificarme, maese. Sois gracioso. Manos a la obra. Veamos, señor coronel: ¿ataco a tu capitán Vergara, que es tu ayudante?

—No. A los oficiales, por ahora, déjalos en paz. Están incubando rencor contra mí, pero no se baten. Ataca a los muchos espadachines que frecuentan las calles de Latacunga. Pero emplea como firma un pseudónimo. El nombre de tu hija no debe ir de boca en boca. ¿Te parece bien un pseudónimo que consiga dos fines? Ridiculizar y no tenerte que obligar a duelos cada dos horas. Estaría intranquila tu hija. Propongo, pues, un pseudónimo femenino y romántico.

—¡Feliz idea! Consiento en firmar Genoveva Lirio. Así me divertiré más.

Maese Huarte afirmóse en su personal estudio del carácter de los dos hombres que ante sí tenía: eran paladines de la buena causa, pero el uno por medios quizá crueles, y el otro con negligente despreocupación de aparente truhán.

Pero ambos eran impelidos por un afán caballeroso.

* * *

Mireya de Ferjus miró, ocultando su sorpresa, a la mujer que, recientemente anunciada como Begoña Vergara, acababa de entrar en el salón, y, apenas sentada, ocultaba el rostro tras un pañuelo, pretendiendo esconder las lágrimas que brotaban de sus ojos.

Era una muchacha apenas mayor de diecinueve años. Alta, esbelta, de claros ojos, óvalo delicado y exquisitamente gentil.

—Apaciguaos, señorita. ¿En qué puedo ayudaros?

—Vos... tenéis que rogar a vuestro esposo que me ayude— murmuró ella, con voz entrecortada.

—Tal vez será conveniente que mande aviso a mi esposo, que en estos momentos se encuentra con dos amigos.

—¡No!—exclamó la llorosa, con expresión de susto—. Desearía, primero, que vos me ayudarais..., porque dicen que el coronel Lezama, amable y apacible en apariencia..., es cruel y...

—Perdonad, señorita—dijo, envarada, Mireya—. Mi esposo debe a veces cumplir contra los dictados de su corazón. Pero os reitero mi invitación El coronel Lezama es un caballero, y él puede ser juez de vuestra cuita.

“Cien Chirlos”, en plan de supervisor desde hacía más de una semana, contempló una vez más la manera como Ambrosio Bustamante, correctamente vestido de librea, saludaba a Mireya de Ferjus desde el umbral.

—Advierte al señor que una visita lo espera, Ambrosio.

El navarro, cuando hubo avisado en la bodega al Pirata Negro, volvió a colocarse en su sitio de espera en el vestíbulo.

Por lo bajo, susurró:

—Estoy cada día mejor ¿eh, compadre? Yo opino que...

—...que callando estás inmejorable Ya te sobra ocasión cuando estás con tu esposa.

—Cada día me felicito más por haber elegido a Carmen por mujer. Yo opino...

—Lo que no puedo yo opinar es cómo rayos ella te eligió.

—A pulso me la gané... ¡Y una onza de multa para la caja! Dijiste “rayos”.

—Eso no es palabrota—intentó defenderse “Cien Chirlos”—. Rayos hay en el cielo.

—Pero dijo el jefe, digo, el señor conde, que el rayo en la boca de uno de nosotros era una onza de pago. Conque... ¡afloja la mosca! —¡Los dos! Coloca también tú la onza en la caja.

—¿Yo? No seas vengativo. ¿Qué dije yo, si antes de pronunciar palabra, cuando visto la librea, me doy vueltas?

—“Aflojar la mosca”... Tenías que decir: “Entrega la onza, don Marcelo”. Y yo habría contestado: “Gustosísimo, Ambrosio”.

El lugarteniente era feliz. Pronto habría boda. Cheij le llamaba “padrino” y rebosaba gozo. Todo iba bien, en el mejor de los mundos. Aquel hogar era feliz.

Mireya de Ferjus, al entrar el Pirata Negro, limitóse a presentar:

—La señorita Begoña Vergara, que desea hablarte. Señorita, el conde Ferblanc.

Y marchóse.

La muchacha tardó unos instantes en hablar, pese a que Carlos Lezama tenía en el rostro una correcta expresión de indiferencia amable. Su “cara de coronel apacible” comentaba.

—Es difícil lo que vengo a deciros, conde. No sé cómo empozar. Ayudadme...

—Lo intentaré. ¿Sois acaso familiar del capitán Vergara?

—Su hermana. Y él, siendo amigo íntimo de Baltasar, nada puede hacer por mí.

—¿Baltasar?

—El alférez Ibáñez, que quedó ciego por flecha jíbara.

Presentóse a la imaginación de Lezama el rostro apolíneo del cordobés, su apostura arrogante y el intento de ridiculizarle que frustró con dificultad.

Vergara e Ibáñez... Dos hombres que le tenían rencor... No adivinaba la relación que pudieran tener con la visita de la bella.

—Vos diréis en qué puedo ayudaros, señorita.

—Al quedar ciego el alférez Ibáñez, se recluyó en el cuartel. No sale para nada, no quiere recibir visitas. Y soy su novia. Nos teníamos que casar. Cuanto he hecho por verlo, ha sido imposible. Sólo una orden vuestra me permitiría la entrada al cuartel...

—El artículo 11 de la Ordenanza del Tercer Tercio prohíbe terminantemente la entrada en la casa-cuartel a persona ajena al servicio, y, por encima de todo, a personaje de sexo femenino. No hay siquiera cantinera. Recito el artículo, señorita.

“Un hombre amable, sonriente, fatuo en sonrisa, exasperante..., al cual tengo que matar”, había dicho el capitán Luis Vergara.

Y ahora Begoña Vergara comprendió la exasperación de su hermano.

—No invoquéis la Ordenanza, coronel. Se trata de dos vidas. Si Baltasar persiste en no dejar que le vea, me moriré. Y él me quiere. Lo sé.

—Escribidle. Ningún artículo de la Ordenanza se opone a que un oficial del Tercer Tercio...

—¡Olvidad el Tercer Tercio! Es un hombre que sufre, es un hombre que, por estar ciego, cree que por compasión me caso con él. Me ha devuelto la palabra.

—Escribidle.

—Me devuelve las cartas sin abrir.

—Vuestro hermano puede obligarle a leer... Bien, puede leerle o decirle lo que pensáis.

—No quiere. Dice que sería atormentarle más. ¡Vos sólo podéis ayudarme! ¡En nombre de un corazón que sufre!

—¿Qué puedo yo hacer?

—Ordenar al alférez Ibáñez que me reciba.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Vuestro hermano os habrá informado de que soy coronel impuesto, y no querido. No puedo ordenar al alférez Ibáñez nada en

absoluto, por dos razones. Está alojado, pero no bajo mi mando, y aun suponiendo que por superior pudiera hablarle, no lo haría. Indiscutiblemente, con toda la razón, me enviaría a paseo… Lo siento, señorita, pero nada puedo hacer.

—¿Y fríamente me dejáis sufrir, y a él?

—Soy coronel, y no mediador en amores, señorita.

Begoña Vergara era inteligente. Su amor le dictó la adecuada argumentación.

—Sé que los oficiales están confabulados para tratar de molestaros. Yo no he venido a visitar al coronel ni al conde Ferblanc. ¡Quiero hablar con Carlos Lezama, el que fué caballeroso Pirata Negro!

—¡Tate!… ¿Cumplido, señorita?

—El mejor de los cumplidos, señor. Vos fuisteis el generoso pirata hidalgo. Hoy sonreís neciamente, por afectación, porque, esforzándoos, sois un coronel a caballo de las ordenanzas. Pero tras esa sonrisa late la sarcástica carcajada del Pirata Negro. He oído relatar muchas de vuestras hazañas. Un viejo servidor de nuestra casa Solariega os conoció. Yo soy Begoña, una chica de Vizcaya, que antes reía siempre. Hoy triste vivo. Él es Baltasar, un joven cordobés, noble de espíritu. Vos sois el Pirata Negro. Y fuisteis mediador en amores y vuestra espada, cuando no la elocuencia, os hizo acreedor de muchas bendiciones de enamorados cuya boda vos arreglasteis. Y entre carcajada y cañonazo, al abordaje en mar, y con madrigales en tierra, sabíais lograr, que el enamorado os considerara espejo de caballero, y la enamorada, paladín romántico.

Respiró hondamente Begoña Vergara, tras su arrebatado discurso. Rió el Pirata Negro, en burlona afectuosidad.

—Lindo pico, mi niña. ¿Quieres hacerme un favor?

—¡Cuanto digáis!…—exclamó ella, con fervor.

—Ven acá. Te acompañaré junto a mi esposa. Ella te llevará a su saloncito particular. Hay papel de color rosa, tinta de un bello color verde y rosa de amores, verde de esperanzas, escribe con esta gama la mejor carta de amor. No hables de compasiones, ceguera, ni sacrificios. Di que esperarás siete días. Cita el número siete, como el de puñales que martirizan corazón amante. Di que… Mírame bien, Begoña. ¿Quieres mucho a tu cordobés?

—La vida daría por él.

—Menos te pido. Tus ojos son claros, serenos, de un dulce mirar, como los que inspiraron el soneto. Muy grandes, con mucha alma. Di que si a los siete días, siete puñales de mortal espera, tu cordobés no ha contestado a tu súplica amante, quemarás tus ojos, para que sólo tu alma le vea siempre. Y lo harás, ¿no es cierto?

Tembló ella.

—¡Lo haré! Juro... Y cuando una Vergara jura..., cumple.

—Has vacilado... mirándome temerosa. Y no es porque no pienses cumplir tu promesa. ¿Quieres ser sincera?

—He dicho — musitó ella — que un Vergara cumple siempre su palabra.., y quiero suplicaros algo más.

—¿Al coronel o al piratilla engreído de su honrilla?

—Al caballero pirata de honor inmaculado. Mi hermano ha jurado mataros, Evitadle... Le quiero, a él., y empiezo a quereros...

—Yo evitaré que don Luis Vergara te cause una pena más. Y por lo que pueda, evitaré que Baltasar Ibáñez sea culpable de que tus hermosos ojos no vean la dicha de vivir.

Mireya de Ferjus regresó media hora después con Begoña Vergara, que, iluminado el semblante, entregó al Pirata Negro la carta que acababa de escribir.

—Ciérrala con lacre, mi niña.

—No... Me dijo vuestra esposa, que es bondadosa y me ha perdonado las necedades que dije al conocerla, que es mejor que la carta os la dirija a vos, y así... podéis leerla a mi novio.

—Vaya... Donde dos mujeres meditan, perdidos están cuantos hombres se crean listos.

Despidióse en la antesala la vasca, con grandes muestras de gratitud.

Y enlazando el talle de su esposa, comentó Lezama:

—Un pico lindo, unos ojos de enamorada..., y ¡al diablo con el coronel Lezama!

Sonrió de pronto al divisar a Ambrosio Bustamante y a “Cien Chirlos” cuellos tendidos y rostros expectantes.

Extrajo de su bolsa una onza de plata, tendiéndola.

—Multa por el “diablo” mal empleado. Pago.

* * *

—¿Eh?.. ¿Un fraile?.. ¿Qué diablos...? Bueno, toma otra onza. A ese paso reventará la caja. ¿Y quién es, don Marcelo?

—No sé, señor. Dijo que tenía grandes ansias de conocerte, y en tu despacho está. Yo le he llamado “reverencia”. ¿Está bien, señor? Porque el navarro quería llamarle “hermano", pero me pareció que eso sería insulto.

Sonriendo divertido, Lezama, colocándose la casaca que habíase quitado para sestear en la terraza, replicó:

—Todos somos hermanos ante la ley cristiana bien interpretada. Lo que sucede es que en nuestra existencia hemos tratado a demasiados hermanos de la costa.

En el despacho, un fraile de menuda estatura, tonso cráneo y corta barba negra, púsose en pie al entrar Lezama.

Vestía el sayal franciscano.

—A la orden, coronel. Soy fray Hernando, nombrado capellán del Tercer Tercio, por muerte de fray Luis, que en expedición de regreso a Latacunga ha sido herido mortalmente por desconocido agresor.

—Sentaos, fray.

—Gustoso, coronel. Quisiera que habláramos con el corazón en la mano. Si me lo permitís.

—Empezaré yo, fray. Tal vez ignoréis mi pasado.

—Todo lo conozco, Carlos Lezama. Hace muchos años[3], tú salvaste a muchos franciscanos de horrible suerte, porque al morir convertían en criminales a sus agresores. Dijiste por entonces que nuestra orden merecía toda tu simpatía, esto dijo el Pirata Negro. Es así, Carlos Lezama, Nadie puede desprenderse de su pasado. El tuyo, si bien contra toda ley, fué noble. Quien lo haya de juzgar, lo hará con su inmensa sabiduría. Yo, humilde fraile, soy vuestro capellán, coronel, pero soy tu amigo, Carlos Lezama. Podemos, juntos, tratar de mejorar al Tercer Tercio.

—Conocí a un bandido noble que vestía sayal de franciscano, Decía que muy sinceramente deseaba siempre arrepentirse, y leía con frecuencia la vida del santo que llamaba hermano al lobo...

—...y al asno, Carlos Lezama. Porque en nosotros, hombres, se mezcla por igual el lobo y el asno.

—¡Ya está!—sonrió Lezama—. ¡Es extraño, fray Hernando! Pero en vuestra orden os eligen magníficamente. Sois diplomáticos, y os metéis en el bolsillo al más reacio.

—No somos diplomáticos. Fuimos y somos pecadores, y

conocemos a nuestros iguales. Eso es todo. ¿Amigos, Pirata Negro?

Y el fraile, con amplia sonrisa, tendió la diestra descarnada.

—Amigos... si coméis más, fray— rió Lezama—. Estáis en los huesos. Y la abstinencia exagerada acorta unas vidas que deben prolongarse para bien de todos, Bien, fray, atacad de frente, como es costumbre en vuestra orden.

—Los oficiales no te quieren.

—Lo siento... pero a la llana os diré que me tiene sin cuidado. Nada hacen ellos para ser cordiales; ¿por qué yo debo hacerlo? Bastante favor les hago con no recordarles que a la fuerza han de tragarme, porque para eso soy su coronel. Y... ¡no soy franciscano!

—Cede un poco. Me he enterado que, al adivinar tú que ellos querían sacarte de quicio, adoptaste una sonrisa exasperante y un continuo citar del Reglamento, que acrece su irritación.

—He logrado, por de pronto, que no se batan más.

—Enviando a ser juzgado al Más Allá a un muchacho.

—Para evitar que otros le sigan.

—Trata de granjearte sus amistades. No te sería difícil si te lo propusieras.

—Que cedan también ellos. Sus sonrisas y sus miradas destilan despreciativo rencor. Mal asunto, fray... Soy un coronel apacible, pero no un apóstol. ¿Qué queréis que haga? ¿Ir de uno en uno, lloriqueando y suplicándoles ternura y cariñitos? ¡Que me agradezcan que no me siento de veras un coronel! Podría, si se me antojara, darles ejercicios diarios, que los agotasen. Me limito a aparecer de diez a doce y a dejarles en paz. No quiero su cordialidad. Perdonad, y me va a costar una onza... Pero ¡que se pudran!

—El orgullo es noble... si no está mal empleado, Carlos Lezama. Tú eres muy orgulloso.

—Os repito que no soy franciscano.

—Bien... Pasemos a otro tema. De cierto nada sé, pero Luis Vergara, tu capitán ayudante, ha encontrado, al parecer, una manera de obligarte, no como coronel, sino como hombre, a batirte con él de manera indiscutible.

—Eso, lo veremos. Para que dos se batan, hace falta que los dos lo quieran. Yo estoy muy por encima de la sospecha de cobardía. Me niego a todo duelo, porque soy invencible. ¡Esto es así! Soy

invencible.

—Yo sé, por mi pasado, que se necesita más valor para rechazar un duelo, que para aceptar diez seguidos, sobre todo entre españoles, donde este honor, colocado en una hoja de acero, es más preciado que la propia vida, Pero te será difícil negarte. He querido prevenirte. A ciencia cierta no sé de qué se trata, pero me temo que, por más apacible que pretendas ser en exasperante esfuerzo, te acecha una gran prueba.

—¿Tanto?

—Sí, Carlos Lezama. Me voy, y, ya en el cuartel, volveré a presentarme a ti, reglamentariamente. Por ahora, recuerda mi advertencia. El capitán Vergara ha jurado matarte en duelo, y está muy seguro, al igual que los demás oficiales, de que no tendrás más remedio que acudir a la Ermita Vieja. Y... entre nosotros, Carlos Lezama. El virrey estima que el Tercer Tercio no puede tener mejor coronel que tú. Si te bates en duelo con Vergara, él puede perder vida y carrera, pero tú serás destituido... Y es hermoso tu hogar.

—Gracias, fray. Hasta pronto. Y llamadme "buey" y colgadme cencerro del cuello si voy a la Emita Vieja.

Capítulo V

“Genoveva Lirio”

—¡Escandaloso, inconcebible! ¡Justicia pediré al virrey! ¡Esto es intolerable!

El que así tronaba, mesábase a la vez, bajo la ladeada peluca, sus escasos cabellos. Era barrigudo, mofletudo y de bobalicona expresión, ahora encolerizada.

Pero la bobalicona expresión no impedía a Eugenio Berdasco ser un avispado comerciante, que en telas, espacias y provisiones había comerciado desde temprana edad en Latacunga, hasta enriquecerse considerablemente y contraer matrimonio con la bella, pero pobre criolla Juana Puentes.

Estaba en el comedor. Acababa de leer el primero número de La *Voz del Hurón,* sensacionalmente acogido en todos los hogares.

Su esposa, su hija y su hermana, restantes componentes de la familia, afectaban distintas expresiones.

Ofendida la esposa, risueña la hija, indiferente la hermana. Y también de muy diversa manera juzgaban las tres a Eugenio Berdasco.

Para Eulalia, la hija, él era bueno, aunque avaro y desconfiado en demasía. Era hija del primer matrimonio, y no había acabado de perdonar que su padre, al enviudar, contrajera nuevas nupcias con quien tenía veinte años menos.

Para Juana Puentes, su esposo era un hombre ridículo, tacaño y ciego a las evidencias.

Para Enriqueta, la hermana, Eugenio Berdasco era un imprudente que se enamoró indebidamente. Pero callaba siempre, para no echar más aceite al fuego siempre latente.

—¡Es indudable que esta desconocida que firma con impúdico e

indecoroso reto “Genoveva Lirio”, alude a nuestra familia!—siguió bramando el mercader—, ¡Todo Latacunga se reirá de mí... y de vosotras!

—La risa es higiénica y elegante— dijo fríamente Juana Puentes, con mohín desdeñoso—. No te alteres, Eugenio. Luego te dolerán las articulaciones. Debes cuidar tu reuma, querido.

—¡Ahora mismo ajustaré las cuentas a esta “Genoveva Lirio”! Iré a la casa donde imprimen esto... ¡y apalearé a la imprudente que se atreve a...! ¿Dó se ha visto que las mujeres puedan escribir en gacetas? ¿Dó vamos a parar? ¡La mujer en la cocina! ¡Bonito mundo si consintiéramos que las mujeres hicieran labores de hombres! Mientras la sensatez reine, y el mundo sea mundo, la, mujer no saldrá del hogar... ¡Voy a apalear a esa impúdica mujeruca que...!

—Mira, papá, que más se reirán de nosotros si atacas a la mujer. No puedes impedir las calumnias...

—Pediré justicia al virrey.

—No lo hagas—intervino la hermana—. No hay calumnias en este panfleto.

—¿Cómo?—Pero Eugenio Berdasco respetaba mucho las opiniones de su hermana. —¿Lo has leído, y no te parece escarnio? Escuchad las tres y juzgad si no tengo razón.

Con mano temblorosa calóse el mercader las antiparras, y tosió para aclarar su garganta, mientras volvía páginas de la gaceta recientemente impresa.

—¡Aquí está!—bramó.

Y su índice repicó varias veces sobre una página, donde en lo alto, con grandes letras góticas, leíase:

“MANUAL DE UNA SOLTERONA”

Y debajo, en letra menor:

“Crónica ejemplar para escarmiento de quienes no quieren ver”

—Os voy a leer esta inmunda patraña.

> “Con la debida autorización superior, y para que la peor de las lacras humanas sea fustigada, yo, Genoveva Lirio,

inicio en fecha de hoy, caluroso mes de julio, comentarios avinagrados acerca de sucesos que caen de lleno bajo la calificación de grotescos.

"Grotescos, porque se amparan en esta ley universalmente extendida que llamaremos lección general del refrán “Ojos que no ven, corazón que no siente”. La virtud, muchas veces es alabada porque se ignoran verdades. Y tampoco afecta a la aparente virtud el chisme rumoreado de labios a oídos. A la luz, con letra impresa, procedo a fustigar con mi pluma de ganso, la gansada.

"Pero mis crónicas atacarán por ejemplos. No citaré los personajes. La comedia humana es vasta. Soy una solterona desengañada. Rezumo hieles, porque no he gustado mieles. No aspiro rosas, sino que bebo vinagres de tristes experiencias. Pero quiero divertir, asestando plumazos venenosos. Divirtámonos, pueblo, nobles y comadres de Latacunga.

"Érase que se era una linda casa, donde vivían tres “E” y una “J”. Je, je... si lo leéis al revés... La “E" es femenina, pero de las tres, uno en varón. No es acertijo. La “J” es bella, coqueta y retorcida al final, que es donde la letra gira, y la mujer tiene los pies, que pueden al otro extremo ser el seso... ¿Acertijo? Una coqueta sin seso, tiene un nombre que empieza por la letra retorcida. Su dueño por ley, y que debiera ser guardián, es un “E”. Mirad en los diccionarios que a mano tengáis cuantas palabras empiezan por esta letra. Hallaréis calificativos en exceso para este varón de aspecto, porque lleva botas, calzas y se rasura los mofletes.

"Pasemos a la comedia. Hubo un tiempo en que esta casa la frecuentaba un gallardo mílite. Se fué, porque la cabeza le daba vueltas, no sabiendo con cuál quedarse, entre la “jota” y las otras dos, letras. Pronto apareció otro rompecorazones. Un tormentoso y apasionado galán de leyenda de matachín galante. Dicen que dicen que entre la “jota” y la “e” menor está fluctuando. ¿Por quién se decidirá? Escandalosa situación. Hay bolsa de dote crecida. Hay venda en los ojos del que guardián debiera ser.

"Recomiendo al cuitado, que quizá por razonable temor al

espadachín G....., R......., hace oídos de mercader al rumor, que se lea alguna obra calderoniana. Si no le surte efecto, acuda a más tosco menester y empuñe la vara, no. para medir telas, sino para medir las costillas de la coqueta. Y que siga la farsa, si G....., R......, acrecienta con ello su lista de conquistas, pero no su fama dudosa de valentía. Que vencer donde no hay enemigo, está al alcance de cualquier gaznápiro.”

—Y una firma que dice “Genoveva Lirio”. ¡Está claro! ¡Estamos en la picota del escarnio! Yo di hospitalidad a Gabriel Ridruejo porque... vino recomendado por un amigo de ultramar.

—También porque te hace espléndidos obsequios y te proporciona muchos clientes—completó, acertadamente, Enriqueta.

—Y porque es ricohombre, y te complace la idea de que se case con Eulalia—dijo Juana—. No te irrites, Eugenio. No se puede impedir la calumnia.

—¡Solicitaré pruebas! Y como no las tendrán, entablaré juicio por difamación.

—Seremos la irrisión de todos—dijo sentenciosamente la hermana, para no decir que las “pruebas” quizá existieran.

—¡Habla, mujer!—vociferó el mercader—. ¿Tan tranquila te tiene la alusión a tu... posible infidelidad?

Levantóse la aludida con gesto rebosante de ultrajada virtud.

—Os arrepentiréis de lo que acabáis de decir, señor Berdasco. El caballero Ridruejo, al igual que antes el capitán Vergara, venían para cortejar a vuestra hija. Vos acabáis de ofenderme cruelmente. Me iré a pedir protección a mis padres. No quiero vivir bajo el techo de quien me ofende con injustificados celos que hieren mi honestidad de esposa intachable.

Abandonó ella el comedor, seguida por el arrepentido mercader, que juraba y perjuraba que no fué tal su intención.

Encogióse de hombros Enriqueta, abandonando también la sala. No era primera vez que presenciaba estas escenas, que terminaban siempre con “magnánimo” perdón dé Juana Puente, y renovado agradecimiento del infeliz.

Quedóse sola Eulalia Berdasco. Era poco agraciada, si bien poseía talento y natural bondad. Compadecía a su padre, pero, al

igual que Enriqueta Berdasco, tenía que callar,..

Juana Puentes sabía guardar las apariencias… cuando estaba presente su marido.

Dirigíase al salón, cuando oyó la voz de Gabriel Ridruejo, que, descendiendo las escaleras, procedente de las habitaciones que en piso alto ocupaba, preguntaba por ella.

—Feliz el día que para mí empieza con vuestra contemplación, Eulalia— saludó, galantemente, el vallisoletano

De continente marcial, elegante y recio de miembros, Gabriel Ridruejo trataba de dilapidar una considerable herencia, sin conseguirlo.

Tuvo que partir de España por un escandaloso asunto, en el que su habilidad de espadachín costó la vida de un ofendido marido, y después, en el mismo campo, la del hermano.

Eulalia Berdasco, amablemente, tendió "*La Voz del Hurón*".

—Buenos días, caballero. Leed por donde está abierto.

—¿Leer teniéndoos ante mí?

—No es preciso que os esforcéis, caballero. Soy fea, pero, por suerte, no soy tonta.

Algo desconcertado, Gabriel Ridruejo atusóse el bigote de largas guías enhiestas.

—No os entiendo, Eulalia.

—Yo no os intereso, caballero. Ni me interesáis. Leed, pues, esta página y seguramente os deleitará. Mientras, daré orden de que os sirvan el desayuno. Excusad a mi padre, pero sostiene larga conversación, precisamente a propósito de esta crónica.

Perplejo, Gabriel Ridruejo leyó primero con aburrimiento, y de pronto con verdadero frenesí, la crónica escrita por Diego Lucientes.

—¡Voto a sanes! ¡Malandrín es quien dió acogida a la pluma de esta venenosa mujer plumífera! ¡Ah, voto al chápiro! ¡Sabrán quién soy! ¿Llamarme cobarde? ¡Voto a sanes!…

—¿Qué os ocurre, mi buen amigo? —preguntó, acudiendo solícito el mercader.

Arrojó el vallisoletano la gaceta al suelo pisoteándola con saña.

—¡Esto voy a hacer con el responsable de esta calumniosa crónica! Y vos… ¡dispuesto estoy a daros satisfacción en el campo de honor!

—¡Dios me libre! ¡No creo en tal patraña! Mi esposa está por

encima de toda sospecha, y vos también, caballero.

—Entonces... tan amigos. Y ahora., voy a ajustar las cuentas a Genoveva Lirio, que tendrá su defensor, ¡voto a sanes!

Maese Alfredo Huarte trabajaba laboriosamente en la confección de un artículo sobre la conveniencia de no comer carne ni beber vino, como saludable tónico calmante, cuando sobresaltóse al oír el violento portazo con que cerraba la puerta tras sí, un furibundo visitarte.

Los enhiestos mostachos, la postura retadora de la diestra empujando la tizona, la mirada feroz de Gabriel Ridruejo llenaron de pánico físico al hombrecillo.

—¡Voto a sanes, malandrín! ¿Dónde está Genoveva Lirio?

—Allá, caballero.—Y señaló maese Huarte el fondo de la larga sala, ocupada por máquinas, papeles, moldes y tinteros.

Tras una mesita hacia la que avanzó con vigor el espadachín, Diego Lucientes rascábase la sien con el mango de una pluma.

—¿Dónde está Genoveva Lirio, malandrín? Que malandrines sois cuantos pluma empuñáis cobardemente.

—Sentaos, mi señor—dijo, sonriendo, Lucientes.

En sus ojos pardos había la expresión que su hija calificaba de “el gato acechando ratón".

—¡Voto a sanes! ¡Pido por la firmante de calumnias!

—Os reitero mi invitación de que os sentéis, mi señor. No ha de tardar ella en acudir. Mientras, podéis decirme qué os atosiga.

—¡Soy Gabriel Ridruejo, gentilhombre de cámara del rey!

—Tanto honor me abruma, mi señor. ¿En qué os molesta mi señora Genoveva Lirio?

—¿Es vuestra esposa?

—Perded tal esperanza. Al igual que a vos sin que seáis mi esposa, os llamo “mi señor”, lo mismo ocurre con Genoveva.

—¡Voto al chápiro! ¿Osáis mofaros de mí?

—Líbreme Dios de tal locura, mi señor. Si dije que perdierais la esperanza de tener yo esposa, es porque seguramente a nosotros nos place pisotear ajenos jardines.

—¡Cuidad lo que decís, osado plumífero, o sabréis quién soy, espada en mano! Aunque...—Y emitió un bufido de desprecio el espadachín siempre victorioso. —...perder el tiempo es retar a escribiente. Pero os va a costar cara la crónica. La calumnia se

castiga en España y en sus tierras de América.

—Cierto. Y para sus crónicas, Genoveva no elige rumor si no posee pruebas ante tribunal. ¿Acaso vos sois Gabriel Ridruejo, el alojado en casa del mercader Berdasco?

—Ese soy.

—Y soy un ignorante, pero aclaradme... ¿En el alojamiento, estaban incluidos los paseos que por la Floresta dais en compañía de Juana Puentes? Paseos que, presenciados por un oculto pastor, en compañía de varios más, constan detallados en escrito firmado, que posee Genoveva Lirio.

—¡Voto a...!—inició Ridruejo, pero calmóse progresivamente.

Sentóse, y meditó unos instantes.

—Decid a Genoveva Lirio, que dispuesto estoy por el honor de una dama a pagar ese escrito.

—¿Cuánto?

—Ya sabía yo... ¿Cien onzas?

—Poco es.

—Mil.

—Demasiado, por un honor averiado.

—¡Voto a...! ¡Qué venga aquí esa Genoveva Lirio! Con ella quiero tratar que ya después os tiraré de las orejas, insolente pelirrojo!

—Genoveva—fingió llamar Lucientes, volviendo la cabeza—. Aquí estoy —murmuró luego. Y con desparpajo, añadió: —Genoveva es la que firma, pero el verdadero Lirio soy yo. Una dama no podría escribir tales fealdades. Cerrad la boca, Ridruejo. Hay aquí muchas moscas.

—¿Vos... sois quien esta inmundicia escribió?

—Inmundicia... Cierto. Abusáis de un marido de pocas luces, por exceso de confianza, o por exceso de pánico, que de todo hay en en la viña del señor.



—¡Pido por la firmante de calumnias!

—¿Cuánto?

—¿Cuánto qué?

—Vendedme el escrito de los testigos.

—A buen recaudo está. No tiene precio. Mi director se comprometió a no imprimir nada que no pudiera ser demostrado.

—¿Qué os proponéis?

—Divertirme.

—Hay diversiones que cuestan caro. ¡Y ésta es una! ¡Voto al chápiro! ¡Si mañana, a las ocho, no estáis tras la Ermita Avieja, os perseguiré a botazos por donde os vea, os apalearé y os tundiré, hasta que no os quede resuello!

—Menos, Gabriel—dijo, con zumba, el madrileño—. Tú eres un matamoros, que se come crudos a pajaritos, pero yo soy más pájaro que lo que mi pluma te puede hacerte creer. Pareces estupefacto... No tienes costumbre de que te hablen el lenguaje sano. Y como aquí no me cuesta onzas, voy a desahogarme. Tú lo que eres es un abusa niños, un rompe vidrios, un cabestro de malas ideas, un fanfarrón... ¡Chúpate el bigote, roñoso! Roñoso, porque, si bien te lavas, pensabas pagar barato un alojamiento tan pingüe. ¡Calla, lenguazas,

que estoy hablando yo!

Púsose en pie, congestionado el semblante, e iracundo hasta el paroxismo, el espadachín.

Diego Lucientes siguió sentado, pero alerta.

—Eres un cernícalo, un tunantón de poco precio... y estoy haciendo negocio, porque ahorro onzas. No lo entiendes, pero es que desde que reina la finura de léxico en mi hogar, vengo aquí a esperar la ocasión de desahogarme. Y estás tú que ni pintado... ¿Conque viniste acá a continuar tus hazañas de bravucón cobarde? ¡Ah, rufián, pero aquí está don Lirio que soy yo, y Genoveva que es ésta!

Y en salto hacia atrás, descolgó Lucientes la espada que acababa de señalar.

Furioso atacaba, tizona desenvainada, el vallisoletano. Al fondo de la larga sala, maese Huarte, reacio a toda violencia, invocaba en vano en peticiones inútiles de calma, caballerosidad y respeto al templo de la letra impresa.

El combate por parte de Ridruejo era encarnizado, prodigando toda la gama de feroces estocadas. Diego Lucientes, que hacía tiempo no había peleado con verdadero rencor, sentíalo ahora hacia el que era prototipo de lo que más detestaba: el individuo que abusaba de su maestría, indiscutible en la esgrima, para atropellar a los demás.

Y sus ojos seguían brillando con la expresión gatuna, mientras retrocedía hasta adosarse a la pared, como si perdiera terreno.

Volcó Ridruejo la mesa y el escabel, y sádicamente empezó a prodigar amenazas:

—Insolente plumífero... No es lo mismo manejar una pluma de ganso que empuñar espada... Te ronda la muerte, pelirrojo imbécil... Osaste desafiarme a mí... ¡Para ésta! ¡Toma esta!

—Paro, tomo y me carcajeo, Gabriel... Viniste a sumar un pajarillo más a tu lista de cobarde cazador de piezas seguras, y mi Genoveva te va a besar... Un beso cosquilleante... ¿Sabes dónde, Gabriel? En el entrecejo... No falla... ¡Para en tercia! ¡Dobla al flanco! ¡Cuidado, encanto! ¡“Enferra” al quiebro, torpe de ti!... ¡Que te pincho! ¡Qué te ensarto!... ¡Adiós, Gabriel! ¡El último beso!...

Al fondo de la sala, maese Huarte, como petrificado, gimió como si fuera su entrecejo el perforado.

Diego Lucientes echóse hacia atrás, retirando el clavado acero. Volvió luego a colgar la espada, que fué destilando sangre por su punta.

—Bien, Genoveva—dijo, palmeando la empuñadura—. Esta rúbrica a tu primera crónica, ha estado bien.

—¡Cruel escena, don Diego!—gimió maese Huarte, acercándose—. Os habéis jugado la vida... Pero fué sanguinaria vuestra manera de burlaros de... este muerto.

—Estaba vivo, y no lo merecía. Ayudadme a amortajarlo.

—Pero, ¿qué hacéis?

—Firmo la crónica.

Con tinta, sobre la camisa del cadáver, iba Lucientes escribiendo:

“Genoveva mató, por ajeno honor.

Lirio firma.”

El cadáver fué retirado de la plaza Mayor, por los alguaciles, al día siguiente. Por la noche, alguien que no se pudo identificar, lo había depositado junto a la fuente.

Y el comentario regocijado, fué que *“La Voz del Hurón”* tenía majeza y donosura, en la misteriosa personalidad que firmaba Genoveva Lirio.

Capítulo VI

Una carta

Baltasar Ibáñez, arqueó las bien dibujadas cejas, cuando su asistente le anunció que el conde Ferblanc solicitaba ser recibido particularmente.

El cordobés, duque de Espliego, "el bienamado" por cuantas en vano solicitaron su amor, era en el fondo caballeroso en extremo, y a veces sentía algo semejante al remordimiento por haber pretendido ridiculizar al coronel del Tercer Tercio, valiéndose de su ignorada ceguera.

Pero su tragedia de inválido en plena juventud, tanto más dolorosa, cuanto que había sido favorito en todos los actos sociales a que asistió, le habían convertido en huraño.

Secamente, replicó:

—Introduce al conde. Déjanos solos.

Entró Lezama en las habitaciones que alojaban al recluido voluntariamente en la inviolable residencia del cuartel.

En sala invadida de penumbra vió al ciego.

—Excusad que no haya salido a vuestro encuentro, conde. Hoy no me encuentro bien.

—Excusadme por molestaros, duque. Si os impongo mi presencia, débese a ruego femenino. Un ruego indirecto, al cual no puede un caballero negarse.

—Sentaos, por favor. Mis oídos salen ganando con la otra pérdida. No ha crujido el sillón junto al cual habláis. Sentaos.

—Gracias. Ante todo, quisiera que me facilitarais la entrevista. Olvidad que por ajena orden, soy coronel y vos oficial del Tercer Tercio. Nadie nos oye, y estamos a solas.

—Lo que en privado me digáis, como caballero, tal será que

pueda en público y con testigos ser oído.

—Así es. ¿Conocéis a una señorita llamada Begoña Vergara?

Una fugaz crispación alteró la hermosa faz del cordobés. Adustamente, replicó:

—Es hermana del capitán ayudante.

—Me ha escrito.

—Bien... ¿Y qué?

Pasó por alto Lezama, la intención ofensiva.

—Su carta es de cariz tan...

—Un caballero—atajó el duque de Espliego—no comenta carta de dama.

—Cierto, si la tal carta le incumbe. Pero a mí en nada me incumbe.

—Decís que a vos la escribió.

—Pero vos la inspiráis.

—Permitidme que os diga, conde Ferblanc, que no os supuse nunca capaz de... ¿cómo diría yo?.. de lo que en España llamamos... ponerse las calzas azules.

En el silencio se oyó perfectamente la risa del visitante.

—¿Qué os causa gracia?

—Es que precisamente hoy ciñen mis piernas unas calzas de este bello color de cielo. Mi esposa las ha bordado en los vuelos de bota, con hilos de oro. Estoy pues apropiadamente vestido, para la misión que aquí me trae. Es de hombre a hombre, señor Ibáñez. Ni de coronel a oficial, ni de marqués a conde. Habla un hombre que es feliz porque halló lo que en esposa es más de desear: bondad y ternura hasta el sacrificio. Y Begoña Vergara es buena, y su ternura, está dispuesta al mayor sacrificio.

Hizo una pausa, y le fué audible el repentino respirar profundo del cordobés.

—No os extrañe que me inmiscuya en vuestros íntimos asuntos, porque soy un hombre feliz, con hogar, y dueño de esposa buena y dotada de esa rara cualidad llamada ternura.

—¿La compasión os guía, no?—inquirió amargamente, el ciego.

—A vos en nada os compadezco. Sé que estáis muy orgulloso de lo que os ocurre, con un enfermizo orgullo, egoísta...

—¡Cuidad lo que decís!

—Soy duro, porque lo sois.

—Abreviad: No solicité vuestra visita.

—Ni aquí estoy por vos... sino por ella. Bien, ¡retiro lo dicho! Sois oficial, y por tanto, además de galante y caballero, disciplinado. Os impongo como acto de servicio, la obligación de escuchar la lectura de la carta que traigo.

—¡Ni estoy a vuestras órdenes, ni podéis mandarme escuchar carta de mujer!

—Tate... Mejor crianza os dieron en Córdoba, de la que pretendéis demostrar. Pensad un instante, en que más lamento yo meterme en vuestra vida privada, que vos en soportarme. Sé que todos me detestáis, y con franqueza os diré, brutalmente que me importa un comino. Si aquí estoy, es porque... ¡un cordobés nacido en tierra de hombrías, no puede tolerar que una súplica de mujer enloquecida de amor, quede sin oírse, por vana querella entre hombres!

Tardó el cordobés unos instantes en contestar:

—Perdonad... en nombre de ella, señor. Leed.

—Gracias... en nombre de ella. Leo.

El ruido del papel desdoblándose después de susurrar al ser extraído de un sobre, produjo en el duque de Espliego una infinita desazón.

Algo doloroso le roía internamente a la vez que iba escuchando la lectura que, con voz voluntariamente dulcificada, iba haciendo el Pirata Negro de la carta sentimental de Begoña Vergara.

> “Conde Ferblanc, coronel Lezama del Tercer Tercio:
>
> ”No debería molestarse en mi dolorosa tristeza, pero he acudido a todos los medios para comunicar con mi prometido, siéndome imposible hacerlo.
>
> ”No me resigno a perder al que era toda mi razón de vivir. Él es un oficial, y supo contagiarme su idea de que luchar por noble causa, todo lo redime.
>
> "Resignarme, sería no amar. A su regreso de la expedición, el alférez Ibáñez, debía casarse conmigo. El vestido que yo misma confeccioné amorosamente, es ya un guiñapo mojado de lágrimas.
>
> ”El alférez Ibáñez, por mediación de mi hermano el capitán Vergara, vuestro ayudante, me ha devuelto las cartas

que le escribí, un dije con mi miniatura grabada, la medalla y el anillo, que prendas eran de nuestra promesa de unirnos ante Dios.

”Ante Dios quiero que él os jure, en presencia del capellán, que ha dejado de amarme. Si así es no me quedará otro recurso que seguir llorando, hasta morir.

”Pero si él sacrificó más que su propia vida por España, yo prometo, por cuanto le amo, y por ser la única imagen que en el alma llevo, que mis ojos no mirarán a nadie más.

”Siete días, a partir del momento en que desesperada a vos escribo, no como al coronel, sino al caballero, esperaré. Al término de ellos, un estilete enrojecido al fuego de la llama, pasará sobre mis ojos.

”Soy vuestra agradecida servidora,

Begoña Vergara”

Terminada la lectura, colocó Lezama la carta entre las manos del cordobés.

—Una carta sencilla, señor, y conmovedora por su misma sencillez. Casi espartana. ¿Perdonáis ahora mi intromisión?

—Excusad si estuve grosero, mi coronel. Os agradezco de todo corazón vuestra visita, pero el capitán Vergara sabrá evitar que Begoña... que ella cometa tal locura. ¡Sus ojos... tan bellos, que eran sonrisas placenteras! ¡Vos debéis también impedirlo, mi coronel!

—No, alférez. Sois vos quien debe impedirlo. Y os es fácil. Precisamente está en el cuartel fray Hernando. Traerá su crucifijo, y ante él juraréis que habéis dejado de amar a Begoña Vergara. Y entonces... ningún remordimiento podéis sentir.

—¡Ella... por ella precisamente, por cuanto la amo, no puedo consentir en que se sacrifique... casándose con un... inválido!

—¿Quién es inválido? ¿Vos? Escuchad, alférez. He conocido personalmente a vuestra prometida. Tuvo la gentileza de visitar a mi esposa. Es de delicada armonía el cristal de su voz. Se percibe en ella la melodía que tan raras veces apreciamos en Eva. ¿No habéis oído hablar a mi esposa? Tate... Tendréis que oírla... Es esa voz, que al igual de la de Begoña, inspira deseos de arrodillarse, bendiciendo la naturaleza, que en imagen de mujer, nos obsequió con armonías de ternura. No conocéis a mi esposa... Tiene unos ojos grandes, tan

grandes, que se comen el rostro, con hálitos de luz. Y por los suyos veo yo, porque todos somos ciegos, mientras no nos guíe hacia las verdades eternas, la amante mirada de una esposa buena. Los ojos de Begoña son casi—y no os confudáis—casi tan grandes como los de Mireya, que a ese dulce nombre responde mi esposa. Y, con tales luminarias, la felicidad es vuestra. Vuestro brazo es fuerte, y ella lo necesita protector alrededor de sus hombros. Begoña es una niña enloquecida de amor. Os acusé de egoísta, y vuelvo a insistir: ¿Con qué derecho, por enfermiza debilidad momentánea, pretendéis mustiar la belleza de un alma buena, con la fea carátula de la melancolía inextinguible? Dejadme ser levemente pedante y con atisbos de coquetería. Peino canas, y muchas mujeres he conocido. Ninguna tenía como Begoña, aparte de Mireya, ese resplandor claro y sereno, que concede a la mirada un candor de alma, que no entiende de penas, y que ahora sufre porque estáis lejos de ella.

—Monstruoso sería... Mi coronel, nunca os agradeceré bastante vuestra delicadeza... Gracias, señor... De todo corazón... y si hay lágrimas en mis ojos ciegos... excusadlas...

—También lloré el día en que ciego, por orgullo enfermizo, siendo pirata, huí del castillo donde Mireya, por marquesa romántica, me brindó su amor. Ella vino a mí... como Begoña... Hoy... ¡no quiero que otro hombre por cabal, pero por mal entendido orgullo, sacrifique a un ángel! Ved, amigo, con todas las potencias vuestra alma, ved os digo, la fuerza que poseéis... Afrontad el hecho y la realidad: habéis perdido la visión... Ganáis en profundidad de los otros, sentidos. ¿Podríais dejar de sentir remordimientos, sacrificando a una bondadosa criatura? Estamos solos... y reacio soy a sentimentalismos. Pero eso, ¡eso no es sentimentalismo, señor! Es lealtad a nuestra alma, lo único bueno que poseemos, y que tantas veces por necio orgullo y mal entendida dignidad, imponemos, como dogal al sentimiento íntimo. Calzas azules llevo, bordadas en oro. Sonreíd, alférez. Vibra en el espacio música de cielo, porque ennoblece el aire terrestre la unión de dos almas. ¿Estáis dispuesto a obedecer una orden?

El cordobés sonrió con dulce mueca de hombre cuyos ojos nada ven pero cuya alma inspira pensamientos insospechados para los demás.

—Es extraño, mi coronel. Vuestra voz es bronca a instantes,

acariciadora en otros, poética por lo que dice…

—Ella, vuestra prometida, me inspira, alférez Ibáñez.

—Mandad, mi coronel.

—Os exijo primero una promesa.

—Decid.

—Nadie, absolutamente nadie, debe saber lo que os he hablado. No quisiera que alguien pudiera maliciosamente creer que con mi actitud pretendo granjearme la amistad de mis oficiales. Vendrán a mí, con cordialidad, si de las narices les sale. Pero no quiero que en éste bello romance, aliente la menor sospecha de doble intención.

—¡Yo quiero que os conozcan, tal como sois, mi coronel!

—Pero a mí me basta con conocerme a mí mismo, y… que Begoña, de vez en cuando, os diga: “Oye, Baltasar: ¿verdad que el pirata engreído no es tan vacuo como pretenden?”. Requiero, pues, vuestra palabra, que hago extensiva a Begoña, de que nadie y sobre todo y en especial, el capitán Vergara, sepan mi intervención. Ella ya lo prometió. Dadme vuestra palabra.

Vaciló el alférez, con ademán cohibido de su mano.

—Es que… el capitán Vergara…

—Nada quiero saber. Tened presen una cosa: Vos vais al encuentro de Begoña, porque os lo exige el alma. ¡Dadme palabra de que nadie sabrá que os leí carta que vos poseéis, que aquí mismo quemaréis para que con su humo se evaporen también otros de terquedad!

—Os doy mi palabra, mi coronel.

—Gracias Ahora cumplid mi orden. Este mediodía, que vuestro asistente os lleve a casa de los Vergara. Y allá, ¡ni seréis cordobés, ni oficial, ni hombre, si de rodillas, no sabéis hallar las frases justas que sepan devolver para siempre la alegría a los claros ojos de quien es vuestra luz eterna!

—Así lo haré, mi coronel… Pero, ¿por qué no dejarme proclamar quien sois?

—Porque no lo quiero. Y porque ni siquiera os he hablado. Y porque ni siquiera habéis escuchado la lectura de esta carta que ahora quemo. Vos vais a arrodillaros ante Begoña Vergara porque, por propio conocimiento reconocéis en ella la luz de vuestros ojos, y la paz de vuestro espíritu.

Vacilante, por encima de la mesa que les separaba, tendió el

cordobés las dos manos.

—Vuestras manos, mi coronel. Besarlas quisiera, porque niño me he sentido ante vuestras palabras. Recias son, duras al tacto, musculosas. Y frías... Corazón caliente, mi coronel. Corazón leal... Dios os bendiga.

Levantóse Lezama cuando el ciego soltó sus manos, después de un vigoroso apretón.

—Será para mí siempre un grato recuerdo, pensar en que una niña, sacrificaba sus ojos, por pena de amor.

—Hay algo que no me podéis negar, mi coronel.

—Veamos

—Tengo entendido que vuestro hijo ha de casarse próximamente. Suplico el favor de que el mismo día, al enlazar con Begoña Vergara, sepa yo que las campanas repican gozosas porque el hijo de un caballero, es doblemente feliz por hijo y enamorado.

—Accedo con placer, alférez Ibáñez.

—Y... ya no temo... Vos sabréis impedir... que el capitán Vergara mal inspirado, cometa un error irreparable... Confío en ello.

—Pensad tan sólo, en que una Begoña os espera. Hasta pronto alférez Ibáñez.

—¡Siempre a vuestras ordenes, mi coronel!

Y repentinamente en pie, como sacudido por impetuoso impulso, el oficial ciego, saludó con violenta energía.

Tardó mucho en volver a sentarse. Quería expresar con su rígida postura de saludo, todo lo que con palabras era incapaz de manifestar.

Capítulo VII

Don Luis Vergara, pierde el "Don"

—Hola, Lirio.

—¡Fir... mes! ¡Tararí, tararí! — clamó Lucientes, con burlona risa—. ¡Atención, compañía! ¡Reposo, frascos!

Y volvió a sentarse tras la mesa, palmoteando un ventrudo frasco.

—De buen humor estamos, Lirio.

—También te apercibo hilarante, coronel.

—¿Es que cuando estás en casa no sabes salir de la bodega?

—Verás lo que pasa. Si voy por el parque me tropiezo con dos tórtolos: tu hijo diciéndole ternezas al encanto de mi niña, que está embobada, y parece que vaya a echarse a volar. Si me asomo por la cocina, Ambrosio le arranca suspiros a Carmen. Si entro en el salón, Mireya que exhala arrullos de paloma esperando a su gavilán... ¡Da asco y envidia!

—Cásate.

—Bueno, tú, mi coronel. ¿Eres amigo mío o mi peor enemigo? ¿Casarme yo?

—No empieces con tus escépticas idioteces. Yo estoy casado, y soy un feliz sujeto. Tu hija se casará y...

—Bien, bien... Todos felices. Pero el caso es, que no nací para marido...

—Di mejor, que no buscas donde debes. ¡Demonios! Si...

—Una onza, mi coronel, una onza.

—¡Al diablo! ¡Aquí estamos en la bodega, y a solas!

—Libertad para todos, entonces. ¡Repámpanos! Mi gaznate, buscando palabras suaves, se estropea.

—Frecuenta las muchas casas de Latacunga, donde hay lindas

damitas, deseosas de marido, que, como tú, sea apasionado, vehemente, listo, y genial. Tipos de tu calibre, son los que mejores maridos resultan.

—Bien, bien... Está visto que no contento con buscar hogar para todos, deseas convertir esto en un criadero de tiernos bebés. Soy misógino, hidalgo. Ya no me atrae la mujer... ¿Te ríes?

—Tú tienes un corazón que, al igual que ese vegetal llamado alcachofa, tiene muchas hojas. Y van cayendo muchas, para ir quedando lo mejor. Además, ya en otras ocasiones, sucedió lo mismo... y ¡qué diablos!... tú naciste para amar, vil gusarapo. Palabra por palabra te sabré repetir lo que una noche, mojado de luna triste, por reciente desengaño, recitaste en cubierta del “Aquilón”, empapado de luna y de vino.

—No me recuerdes juveniles extravíos.

—¿Juveniles? Si no tienes remedio, maldito seas. Te caerás de puro chocho y seguirás corriendo tras el aleteo de una falda. Recuerda tu declamación por aquella lejana noche, cuando el viento murmuraba y le tildabas de alcahuete fingiendo besos de mujer. Dijiste a pleno pulmón: “Que aquellos que nunca han amado, que han pasado por esta mísera tierra sin tormentos, pero sin alegría, sin quemaduras, pero sin sol, como linternas que ni han recibido ni han dado luz!... ¡Que aquellos pobrecillos, se burlen si quieren, de los mudos estremecimientos de un amor desengañado! ¡Libres son! Pero más vale sufrir por amar demasiado y no ser correspondido, que sufrir de vacío por no amar nada. El más grande dolor es la nada, el vacío, la carencia de pasión amorosa. Lo dijo un poeta, no sé cuál. Dudad si queréis del ser que os ama; de una mujer, o de un perro... pero no del amor, porque todo lo es el amor: vida al sol, muerte deliciosa...”.

—¡Qué bien lo recuerdas!

—Te lo hice repetir mucho, para poder copiarlo. Porque en ti, la luna y el mosto, ejercen mágicas influencias a pequeñas cantidades. Casi te vuelves sensato. O sea, bellaco que haz lo que te aconsejo. No seas misógino de boquilla y recuerda que la mancha de una mora, con otra verde se quita.

—¡Es que... estoy de manchas que doy náuseas!

—Pero... por lo de siempre, tontolín. Pretendes amor porque amas el amor, pero lo buscas en donde no puede haber eco. No

busques llamativas bellezas, sino plácidas ternuras. Frecuenta mejor ambiente, ahora que tenemos hogar y somos personas decentes.

—¡Ojalá dure… aunque me aburra!

—¿Por qué lo dudas?

—No quiero amargarte el día. Hoy estamos de buen humor. Yo, porque paladeo todavía el gustazo que ayer me di de que "Genoveva" quitara de en medio a un cerdo. Y tú, seguramente, porque arreglaste lo del cegato y su tortolilla.

—¿Por qué te complaces en vulgarizar lo romántico? Eso te pierde. Te creen un cínico y no eres más que un imbécil, rebosante de romanticismo. Al grano… ¿Por qué no quieres amargarme el día? Ten presente que hemos madurado juntos, sin secretos.

—Tú sabes cómo trabaja por la calle maese Huarte. Es el clásico hurón. Mete la nariz en todos los chismes. Tiene un olfato especial. Al parecer, hubo anoche fiesta de máscaras en la casa de los no sé cuantos. Un tipo de rostro cubierto por antifaz… al cual nadie pudo identificar dijo… se jactó… Bueno, vamos a dejarlo.

—¡Narices! ¿Truquitos a mí? ¿Vamos a dejarlo? Desembucha, ¡voto a cien pares de cuernos quemados!

—¡Corcholis! ¿Sabes que estamos ganando mucho dinero? ¡La de onzas que ahorramos! Bueno, apacible corone, no me incendies a ojeadas… El caso es que el malvado enmascarado, que el diablo se meriende, dijo que si nadie veía a Mireya… Calma, hidalgo… o no lo cuento.

—Si estoy muy calmoso… ¿No lo ves?

Pero entre las manos del Pirata Negro quebróse un vaso con seco restallido.

—Si tú dices que estás tranquilo, quiero creer que sufro alucinaciones. Dijo el enmascarado, que si nadie veía a Mireya, era porque tú la guardabas bajo siete llaves… Y que sólo podía ser por dos razones… ¡Caramba, estoy sudando!

—¿Y yo no? Sigue, endiablado verdugo…

—Pues que o bien Mireya era un esperpento de fealdad, o bien… o bien, era… pues… una coqueta peligrosa.

Respiró entrecortadamente el Pirata Negro. Al final, rió con risa hueca, mordiente.

—¡Vaya con el viborilla del antifaz! ¡Qué valiente!

—Verás… Yo, pues, por el aquello de que soy Lirio, y tengo a mi

Genoveva muy libre, porque no pertenece a un coronel, pues he escrito algo de rechupete y que hará que el del antifaz, acuda volando a pretender deslomarme... Lo embrocharé... y te lo guardaré para que le hagas besar las suelas de los chapines de Mireya.

—Tú, cariño, te metes en lo tuyo.

—¡Vaya, ya sabía yo que ese iba a ser tu comentario! ¿No te metes tú en lo mío?

—Cuando tengas esposa, tú la defenderás. Rompe, pues, lo escrito, y ya daré yo con el enmascarado. ¡Coronel o no, le quiebro los huesos uno tras otro y los emplearé de mondadientes!

Silbó Lucientes la balada inglesa: *"Home, sweet home"*...

—¿Qué pasa?

—No seáis matón, mi coronel. Estabais apacible... Quiero indicar lo que ya antaño insinué. Es más fácil gobernar timón bajo galerna, asediado por tres naves disparando andanadas, que conducir a buen puerto un dulce hogar.

—Pan es pan y vino otra cosa. Yo... en nada infrinjo mi propósito de cumplir como coronel, si como esposo deslomo a un vil deslenguado que ofende a la que es de blancura inmancillable.

—Ya... Pero maese Huarte, por olfato o por oído, ha sacado en consecuencia que el del antifaz fué enviado a verter su maldad por inspiración de algún oficial, que tendrá así motivo de querella. ¿Cuál es el oficial que más rencor te tiene, porque les tomaste el rizo, cuando creían ellos tomártelo?

Iba a citar Lezama a Luis Vergara, pero calló. Sabía que insidiosamente, estaba Lucientes aguardando que hablara, para ir a retar al posible autor moral de la ofensa.

—No sé—mintió—. En el fondo, todos me execran, pero no creo posible que un oficial descienda a una bajeza.

—Señor coronel: si es oficial el que tal cosa hizo, te presentará excusas, pero habrá logrado lo que se proponía: tenerte ante él y tras la Ermita Vieja... Y ¡adiós, mi hogar! En fin, ¿por qué no te das el gustazo de cantarles las cuarenta a todos los imberbes muchachitos y nos largamos al "Aquilón"? Es el mejor de los hogares.

—¡No! Quiero un hogar firme y permanente. Aquí vendrá Humberto. Aquí ha de nacer mi nieta.

—¡Eh, tú! ¿Qué es eso de tu nieto? También lo es mío, carape, porque no sé cuántas veces he de repetir que yo soy el padre de la muchacha.

En el umbral de la bodega apareció Ambrosio Bustamante, que hizo una solemne reverencia:

—Señor conde, don Luis Vergara está en el vestíbulo, esperando ser recibido.

—Tate...—dijo, intrigado, el Pirata Negro—. ¿Qué querrá ese perdonavidas?

—Oye, hidalgo. Me gustaría conocer a don Luis Vergara.

—¿Por qué?

—Tiene fama de primera espada y quiero medirle los puntos.

Calló Lucientes que un rumor no comprobado por maese Huarte, pretendía que el enmascarado habíase reunido a la salida del baile con el capitán don Luis Vergara y que ambos juntos habíanse marchado, brazo bajo brazo, riendo...

—Bueno. Ven.

Don Luis Vergara, como habíase hecho anunciar, saludó cortesmente a los dos amigos.

—Perdonad si soy importuno, conde, Ferblanc. Recordé que no he cumplido con el más elemental deber de cortesía.

El apuesto capitán, marqués de Vergara, no lucía uniforme. Vestía elegantísimas ropas atildadas, según la última moda francesa.

—Mi amigo, don Diego Lucientes

—Vuestro servidor—saludó el capitán, con reverencia cortesana —. Don Luis Vergara, en visita privada, de cortesía debida.

Diego Lucientes cobró inmediatamente secreta antipatía hacia el varonil espadachín.

—Hacedme la merced, don Luis— invitó Lezama, señalando el salón.

—Vos sois quien me honráis, don Carlos—replicó el capitán, con voluntaria banalidad.

Acercóse Bustamante, cuando ya estaban en el salón sentados Lucientes y Vergara.

—Oye, Ambrosio, sube y avisa a mi esposa, que en visita de cortesía hay aquí uno de los oficiales del Tercer Tercio, el capitán Vergara.

Regresó al salón, donde Vergara. con afectada negligencia,

señalaba un tapiz colgante de la pared entre dos armaduras.

—Espléndida e imponente obra de arte. Si no me engaño, tejida en Gante. Artistas únicos los flamencos, don Carlos. ¿No es cierto, don Diego?

—Poco entiendo de tapices, don Luis—sonrió Lucientes, ácidamente

Entró Mireya. El capitán Vergara saltó en pie, inclinándose en exagerada reverencia.

—Mi esposa, Mireya de Ferjus.

—Bienvenido, capitán Vergara—sonrió ella.

—Beso vuestra mano, señora—replicó el visitante, siempre inclinado—. Mi visita es personal y de paisano.

—Es don Luis Vergara—dijo Lezama, refrenándose.

Comprendía ya. El visitante había venido con preconcebida intención de provocarle.

Sentóse ella, sin manifestar la menor extrañeza. Diego Lucientes

pensaba en si debía buscar rápidamente querella al que afectaba extremada cortesía, ostentando sonrisa hiriente y mirada henchida de impertinencia.

Pero era delicada la situación. Sabía que si retaba al espadachín, el propio Lezama se lo reprocharía violentamente.

—He insistido sobre que no soy el oficial en visita, señora, porque como dama es natural que no estéis al corriente de ciertos formulismos. Privadamente, puedo permitirme intromisiones imposibles en el oficial, ¿verdad, don Carlos?

—La verdad os asiste, don Luis.

—Deseaba conoceros, señora, porque circula un maligno rumor, que no puedo tolerar. He venido a dar a conocer dicho rumor a don Carlos Lezama. Ya os podéis figurar lo que es la maledicencia pública en la ciudad de Latacunga, amante de chismes. Por eso mismo, y por la ínfima calidad de la especie que se propala, implico, señora, que me concedáis el honor de no asistir a lo que tengo que reproducir: para oídos de vuestro esposo… y su amigo don Diego.

—No tal, caballero —replicó, amablemente Mireya—. Soy de cuna francesa y aunque poco avezada a cortes, conozco el ambiente pueblerino, al igual que a los amantes de propalar chismes con pérfida intención, que abundan por doquier.

La intención era clara, aunque por las palabras nada podía acusar el visitante.

Pero Lucientes, inconteniblemente, murmuró:

—¡Toma del frasco, compadre!

—¿Decíais, don Diego? — inquirió Vergara, algo pálido, pero muy dueño de sí mismo.

—Dije que se me olvidó tomar del frasco de mi medicina contra el lumbago. Pero es tan grata vuestra presencia, que esperaré para tomar mis cucharadas.

—Por mí no os contengáis. Cuidad bien vuestro lumbago, don Diego. Volviendo a lo que decía, señora: el rumor es tan indigno, que me resisto a repetirlo ante vos.

—Es natural esta caballerosidad en vos, don Luis—indicó Lezama, también pálido, pero también dispuesto a ser dueño de sí mismo—. Con vuestra autorización, pues, mi esposa consiente en retirarse.

Comprendió Mireya levantándose. Y saludó ceremoniosamente, devolviendo el profundo saludo del marqués y salió... para quedar oculta tras la cortina exterior de la puerta, escuchando.

Presentía próximo peligro. Y le inquietó ver que Cheij entraba canturreando por el abierto balcón de la terraza.

—¡Oh, perdón, padre! Ignoraba que tuvierais visita.

—No importa, hijo. Te presento a don Luis Vergara. Este es mi hijo Cheij.

—Feliz padre quien tan joven imagen viva posee. Es vuestro hijo, aunque no tiene parecido con la señora marquesa. Y, sobre todo, muy joven es la señora.

—Cheij es hijo de mi primera esposa. Bien, don Luis, ¿cuál es el rumor?

—Figuraos que anoche, en un baile de máscaras en casa de los Torres, un enmascarado, seguramente bebido, permitióse dos enormes indignidades.

—¿Sí?—murmuró Lezama—. ¿Cuáles eran?

—Vacilo, don Carlos, porque afectan vuestros sentimientos.

—Vinisteis por afán amistoso, por la cordialidad que entre nosotros impera. No tengáis, pues, recelo. Decid.

—Bien... Afirmó el desconocido que vuestra esposa no era vista en sociedad, por dos razones. Razones que resisto a repetiros,

porque os han de encolerizar.

—Soy apacible por promesa y mantengo cuantos hago.

—Entonces, tranquilizado os diré que el enmascarado aseguró que o bien vuestra esposa era esperpento impresentable, o bien... no fiabais de su honestidad. ¡Grave injuria! Sólo al repetirla, me vienen los colores al rostro.

—Y a mí—dijo, secamente, Lezama. —Pero sois testigo de que mi esposa es de muy buen ver

—En efecto. Soy artista amante de las pinturas italianas. Y la señora marquesa de Ferjus, parece totalmente un modelo de madonna.

—Gracias, en nombre del arte. En cuanto al segundo babear del enmascarado, sólo tiene una réplica. Si algún día os lo tropezáis, decidle que él y quien le haya impulsado a enmascararse cobardemente, son indignos de rozarse con hombres.

—¿Por qué había de tropezármelo?

Diego Lucientes aprestóse a intervenir, pero calmosamente el Pirata Negro devolvió la mirada cargada de intención del visitante.

—Vos frecuentáis los bailes de máscaras, que con frecuencia se dan en la ciudad.

—Cierto. Pero no quisiera pecar de suspicaz, don Carlos. Me parece notar determinada contención en vuestros ademanes y en vuestra parla.

Cheij, ignorante de lo que allí se ventilaba, sabía tan sólo que, por el mero hecho de oír repetir al desconocido aquellas injurias, sentíase deseoso de lanzarlo por el balcón.

—Tened en cuenta que me siento injuriado, pero si lo proclamara, injuriaría a mi esposa. Además, quien el rostro se cubre, o lanza piedra ocultando la mano, vos mismo lo podéis calificar. Es... y perdonad la rudeza, un indecente marrano, aquí, en Latacunga y en el propio país del Cipango. ¡Caramba, don Luis! No quisiera pecar de suspicaz pero me parece notar cierta contención en vuestro ademán.

—Es que... parecéis reprocharme el que os haya reproducido el rumor que circula.,

—Suspicacia excesiva, querido don Luis. Llamé marrano a quien se enmascare y a quien posiblemente le incitó.

—Fuerte palabra, don Carlos.

—Perdón, padre — intervino Cheij, colérico—, Pero este caballero me resulta desagradable. Está impertinente, y yo...

—¡Al parque, chacal!—bramó, desfogándose, el Pirata Negro— ¡Vete con tu prometida, que es con quien debes estar!

Dócilmente, Cheij dió media vuelta, saliendo por donde había llegado.

Halló Vergara nueva ocasión propicia para su propósito.

—Perdonad, don Luis. Pero mi hijo es algo impulsivo. Cosas de la poca edad. En su nombre os pido excusas.

—Aceptadas—dijo, con gesto magnánimo, Vergara—. Estos mocitos son imprudentes. Por suerte, él tiene la dicha de poseer un padre paciente. Es gracioso. Dijisteis: "¡Al parque, chacal!...".

—¡A la piara, marrano! — estalló Lucientes, inconteniblemente, y en un «alto enfrentóse con Vergara, levantada la diestra en impetuoso movimiento.

Pero en el aire, apresó su antebrazo la mano de Lezama, pálido y brillantes los ojos.

—Vete a la bodega, estudiante. Allá nos veremos. ¡Obedece!

Diego Lucientes desasióse del férreo aprisionamiento.

—Bueno... Me voy... Pero en cuanto a vos, don Luis Vergara y otras hierbas, os emplazo para mañana a las ocho en la Ermita Vieja. El motivo es sencillo. Me disgusta el veros y me asquea el oíros, so hipócrita.

Y rápidamente, seguido por la colérica mirada del Pirata Negro, abandonó el salón.

Es gracioso—sonrió, con impertinencia, Vergara—. Pero reconoced, don Carlos, que en breve tiempo, vuestros familiares han demostrado una absoluta carencia del más elemental buen gusto, empleando palabras indignas de caballeros.

—Cierto; palabras poco exquisitas, señor. Pero dictadas por nobles intenciones. A la inversa de muchos, que hablan muy finamente, pero con sucia intención.

—¿Os referís a alguien particularmente?

—Mirad, don Luis Vergara. Soy muy ducho en olfatear intenciones. Hablemos claro. Vinisteis a provocarme, en forma que parecierais el provocado. Desistid, porque no me bato con nadie.

—Me ofendéis. Exijo excusas.

—Cuantas queráis. No me bato.

—No podréis desmentirme si manifiesto a quien oírme pueda, que me provocasteis, por causas ignoradas, y que invitado particularmente, de caballero a caballero y no de capitán a coronel, os negasteis a acudir al campo del honor.

—No pienso desmentiros.

—Deducirán que teméis posibles percances.

—Que deduzcan cuanto en gana les venga.

—Me decepcionáis, señor. Os creí de otro temple.

—Lo lamento infinito. Y ahora, de caballero a caballero, ¿queréis tener la bondad de consentirme que me despida de vos?

—Con gran placer os renuevo mi desprecio. Adiós, don Carlos Lezama. A los pies quedo de vuestra preciosa esposa.

—Sus pies quedan satisfechos, señor.

Acompañó Lezama hasta la verja exterior al visitante.

Mireya, al iniciarse la despedida, había abandonado el amparo de la cortina tras la cual había escuchado la accidentada conversación, para silenciosamente, correr a sus habitaciones.

Dirigióse Lezama rectamente a la bodega.

—Hola, Lirio. Me pasó el calor. Tú no te peleas con ese hipócrita maligno. Por favor te lo pido. Déjalo. Ya tenemos tú y yo bien sentada fama de valentones. Nueva caída, don Diego. Comedimiento y calma.

—¡Pero, mal rayo me parta! ¡Esto es intolerable!

—Lo tolero yo y basta. Dame palabra de hombre de que mañana a las ocho no irás a la Ermita Vieja.

—No puedo...

—No me impacientes.

—¿Entonces, qué? ¿Nos van a escupir y pediremos pañuelo?

—Tu palabra de que no irás a la Ermita Vieja. Compréndelo. Si resultas herido, propagará algún otro enmascarado que el marido de la coronela necesita que su amigo le vengue. Es sucia campaña, contra la cual sólo cabe encogerse de hombros.

—Te desconozco, hidalgo.

—También yo. Pero todo sea por el hogar. No quiero duelos, que no sean por directa ofensa. Mata a Vergara y te llamará el virrey, a quien el rumor enterará de lo que sucias lenguas propalen. Y tú, ¿qué alegarás? Que si dijo o dejó de decir. No, estudiante. Aprende la difícil lección de aguantarse. Es dura lección... pero no quiero se

empañe el nombre de Mireya en bocas sucias. Pasará esto. Las campañas de maledicencia perecen cuando base les falta. Tengo, pues, tu palabra de hombre que por Mireya no acudirás.

—Puesto así, ni media más.

En el parque, Cheij separóse de Gabriela, a la cual acababa de contar lo ocurrido y la neta intención provocativa del visitante.

—Hola, hijo. No te piques si antes fuí algo brusco.

—Tuviste razón, padre, porque me metí en asuntos tuyos. Pero ¡déjame que mañana mate yo a ese maligno sujeto!

—Prohibición absoluta de tales diversiones. Tú defenderás a Gabriela cuando directamente pretendan ofenderla. Y nada más.

—Como digas, padre.

Mireya de Ferjus, en la antesala de su alcoba, sonrió al entrar Lezama.

—¿Estuve, acaso, algo impertinente con tu visita, no, Carlos?

—Estuviste acertadísima. Y... ¿por qué pestañeas? Señora, nos conocemos ya demasiado. Algo me ocultas.

—Yo... pues... escuché cuando quedaste hablando después de yo irme. Perdóname, pero fué más fuerte que mi voluntad.

—Imagen italiana de *madonna*,... Feo es escuchar ajenas conversaciones...

—Gracias, Carlos. Más valentía has tenido aguantando a ese sujeto. ¡Que si espada tuviera yo, iba y...!

—Olvídalo, Mireya. Tú y yo, y lo demás no existe. Por cierto, puesto que un antifaz susurró que podías tú ser fea, van a saber en Latacunga que no la hay más bella en el universo. Nos llueven de continuo invitaciones. Escogeremos al azar, cualquiera.

—Yo no tengo mucha afición a estas presuntas diversiones.

—Yo sí—dijo, secamente, Lezama—Y por orgullo de esposo, quiero que Latacunga entera conozca a, la coronela.

—¡A la orden!—sonrió ella.

Y no volvió a mencionarse el asunto. Tan sólo Lucientes hizo una alusión, mientras cenaban reunidos:

—Hay partículas calificativas que gramaticalmente deberían suprimirse. Esta tarde, hay un Luis Vergara que ha perdido el “don”. A cambio de tu don, hidalgo, de saber contenerte. Pero yo, humildemente, confieso que al soltar aquellas palabrotas, que me han costado tres onzas, exigidas por tu mayordomo y tu segundo en

jefe, me quedé más descansado.

—Esta vianda está magníficamente sazonada, Ambrosio—felicitó Lezama, manifestando claramente su propósito de variar de conversación—. ¿Receta tuya?

—No, señor conde, Receta de Carmen, que es talento culinario por excelencia—contestó, radiante, el navarro.

Y la sobremesa fué, como siempre, apacible.

En el parque, Gabriela estaba embelesada oyendo las frases de Cheij.

En la terraza, Mireya y el Pirata Negro, hablando escasamente, pero confortados con la mutua compañía.

En la bodega, Diego Lucientes jugando animada partida de naipes con Ambrosio Bustamante y "Cien Chirlos".

—¡Arrastro, remonto y malos dengues maten a Luis Vergara!—exclamó satisfecho el navarro, abatiendo su as.

—¡Así se muera de empacho, por cerdo!—gruñó "Cien Chirlos".

—Y disfrutemos de lengua libre, sin pago de onzas, compadres—rió Lucientes—. Esta es la bodega, mi sala de visita y aquí hay libertad de rascarse el gaznate. ¿Otro trago, don Marcelo?

—Muy gustoso, señor Lucientes. Este vinillo está estupendo, ¡por cien mil cañonazos! — desfogóse "Cien Chirlos".

—Esto lo recomienda el médico, compadres—sentenció Lucientes, guiñando picarescamente—. No debe uno quitarse las buenas costumbres de golpe, sino poco a poco. Todas las nochecitas una sesión de lengua libre y se duerme mejor, ¿eh, "Pencas"?

—Gracias, señor Lucientes — dijo, satisfecho, el navarro.

—¿Porque no hago trampas y te dejo ganar cuando la suerte te favorece?

—No... Sino porque tanto Ambrosio por aquí, y tanto Ambrosio por allá, el caso es que echaba muy de menos mi verdadero nombre —replicó ingenuamente convencido el navarro.

—Y tanto es así, que a Carmen la he enseñado a llamarme de otra forma...

Y Ambrosio Bustamante se contoneó ruboroso.

"Cien Chirlos", cuyo humor había mejorado notablemente, rió:

—¿Cómo te llama, so borrico? ¿"Penquitas"?

—¡"Pencazas"!—vociferó, ofendido, el navarro—. Para que te enteres, so animal.

Entraron en la bodega Juan Pérez y Lucio Agudo. Habían ya cenado, como les correspondía, en último lugar.

—Tu esposa suplica que te dignes coger tus alas de pichón trinador, querido Ambrosio, y vueles raudo a picotearle la boquita —anunció Juanelo, el "gracioso" del "Aquilón". Levantóse, ceñudo, el navarro.

—Con permiso, señor Lucientes. Yo opino qua aquí el día menos pensado va a haber una "hecatombe".

—¡Caspa! ¿Y eso que es? —inquirió, extrañado, Juan Pérez—Te sabes tú cada palabra, que no sabe uno de que va.

—¡"Hecatombe", so ignaro inculto—bramó el navarro—es la catástrofe peor y mayor. Y ¡o una de dos! ¡O bien os casáis todos, o le parto la boca al que vuelva a llamarme pichón! ¡He dicho! Buenas noches y así os dé a todos pesadilla que os deje sangrientos y desventrados a tripa fuera... menos al señor Lucientes, que es culto y no un bruto.

Salió el navarro, seguido por un coro de risotadas. Eran risas sin maldad. Divertidas, en su tosca concepción del humor.

Y la partida se reanudó con acopio de maldiciones y palabrotas, como desquite al diario comedimiento.

Capítulo IX

La extraña aventura del capitán Vergara

Durante tres días, dedicóse el agente amigo de Luis Vergara, a propalar cuanto había sucedido en el domicilio del coronel Lezama, describiéndolo con fidelidad.

Añadió que retado por el hijo, y por el amigo, ninguno de los dos había comparecido. Y que Luis Vergara, magnánimo, no insistió, perdonando las ofensas.

No residía Luis Vergara en la casa solariega familiar, sino en casita propia, las noches que el servicio no le imponía permanecer en el cuartel.

Casita que al decir de las gentes, recibía muchas visitas nocturnas de enmascaradas.

Durante los tres días siguientes a su visita, el capitán Vergara, cuando por acto de servicio comparecía ante Lezama, adoptaba la actitud de un subalterno disciplinado.

Tampoco Lezama exteriorizaba nada de su pensamiento.

Y continuaba la rutina...

Al rumor propalado por el amigo de Vergara, añadióse uno nuevo, que afirmaba que el conde Ferblanc estaba tan deseoso de hacer olvidar su pasado pirata, que además de los servicios muy de agradecer prestados a España, quería granjearse la cordial estimación de la aristocracia de rancio abolengo que residía en Latacunga.

Luis Vergara confiaba en que no tardaría en estallar el verdadero genio, del que nadie podía dudar era valiente y hábil esgrimista.

Y lo que había empezado siendo simple rencilla, convertíase en el carácter de Vergara en verdadero odio. Un odio complejo, en el que mezclábase cierto remordimiento, ya que en momentos de

franqueza, conmigo mismo, reprochábase que por culpa del "'apacible y exasperante" coronel, él, todo un capitán hasta entonces intachable, hubiera recurrido a pocas dignas artimañas.

Ardía en deseos de enfrentarse, espada en mano, con Lezama. Y si había de ser vencido, sabía que, agonizante, fuerzas le quedarían para pedir excusas sinceras.

Pero la suerte que le esperaba, nunca pudo imaginarla, ni tampoco nadie la hubiese adivinado siquiera.

Maese Huarte veía a cada instante el cadáver de Luis Vergara, con el nombre "Genoveva Lirio" escrito en tinta sobre la camisa sangrienta.

El propio Lezama respiró cuando al cabo de tres días, vió que tanto su hijo como el terco Lucientes, habíanle obedecido.

Pero al amanecer del cuarto día, un misterioso acontecimiento iba a proporcionar a todos, al igual que a la ciudad entera, materia abundante de conjeturas.

Y fué Luis Vergara el primero en vivir la más extraña de las aventuras y el único testigo del misterioso personaje que no sólo iba a tener en vilo a muchos maleantes, sino a románticas doncellas, en afanosa espera, y al propio Lezama, que como coronel jefe de fuerzas armadas, llegó a maldecir del extraño y misterioso personaje, que parecía burlarse de cuantas trampas le tendían para apresarlo

Luis Vergara dirigíase a su casa solitaria, atendida de día por limpiadora y de noche por lacayo discreto, cuando al llegar salió a su encuentro el criado, anunciándole:

—Mi capitán, os esperan en la salita particular.

—¿A esta hora? A nadie cité. ¿Hombre o mujer?

—No lo sé, mi capitán.

—¿Eh? Repite.

—No lo sé, mi capitán.

—¿Has bebido, follón? ¿Cómo que no sabes si es mujer o varón quien me espera?

—No se puede adivinar... Impresiona, mi capitán.

—¡Bien, bien! ¿Antifaz? — sonrió Vergara, presintiendo una de tantas aventuras con coqueta que quería conservar el incógnito.

Era aventura agradable, porque el misterio acrecentaba el placer de la entrevista.

—Flotantes telas negras no muestran el cuerpo, mi capitán.

—Mejor. Descubrir tierras era afán de nuestros conquistadores. Soy su heredero de aquel afán. ¿Qué más?

—Rodeando la cabeza un pañuelo grande de encajes tupidos.

—Pero ¿y la voz, follón?

—Tanto puede ser de mujer… como de hombre: es suave, pero el tupido encaje negro no deja adivinar, mi capitán.

—Bueno, como siempre, de nada me sirves. ¿Cómo vino la enmascarada?

—No sé, mi capitán. Tocaron en la puerta. Abrí… y ¡me llevé un susto atroz, espantoso! La luna dibujaba la figura silenciosa…

—Abrevia, que estoy impaciente. ¿Qué te dijo?

—Que deseaba hablaros, mi capitán. Repliqué que no estabais. Dijo que aguardaría. No sabía yo… que hacer, pero entró, diciendo que vos agradeceríais mucho la visita.

—Lárgate lejos, follón. No vuelvas hasta el amanecer. Ya sabes lo de siempre. Ellas quieren… estar a solas.

Desecóse Vergara, se alisó el cabello y con pisada marcial entró en la salita particular.

La voluntaria penumbra del único candelabro de dos velas de delgado pabilo, aumentaba la fantasmal presencia de una figura sentada en amplio diván.

—Buenas noches—saludó Vergara, sobreponiéndose a la primera impresión escalofriante.

Tal era como describió el lacayo. Flotantes telas negras, encubrían la anatomía de la misteriosa silueta.

Un pañuelo de tupidos encajes caía blandamente alrededor de la cabeza. Las manos ceñidas en guantes negros, de calado tejido de encajes, eran finas, de alargados dedos.

Fijóse en ellas Vergara, aunque admitiendo mentalmente que el color negro estilizaba, alargando y afinando…

El silencio de la extraña máscara, era otro detalle que añadía algo amenazador a la figura.

—¿Quién sois?

—“Pañuelo Negro”—Sonó opaca la voz bajo los encajes.

—No es ese un nombre.

—Pronto lo será… y famoso.

—¿En lides galantes?—insinuó Vergara, acercándose al diván.

—Quedad donde estáis, marqués.

—Obedezco—dijo Vergara, deteniéndole y esbozando un gesto apaciguatorio—Me complace el cariz misterioso que dais a vuestra cita.

—Cita es, en efecto, mi presencia aquí. Y decidme, marqués de Vergara, vos que sois ducho en lides de este juez, ¿a qué atribuís esta mi visita?

—La más obvia de las discreciones me obliga a dejar sin respuesta vuestra pregunta.

—Dicen que afectáis no asustaros de nada ni de nadie.

—Una afectación que se llama valentía—replico, con cierta tiesura, el capitán Vergara.

—Y seguramente por esa misma valentía, ahora estimáis como natural mi apariencia.,

—Siempre sostuve que el misterio aromatiza de inquieta sensación agradable el banal vivir.

—Tenéis fama de espadachín certero y de galán afortunado, marqués.

—Ambas las gané merecidamente— replicó el capitán, sin la menor modestia—. Pero excusadme; contestando vuestro interrogatorio, me olvidé de las más elementales obligaciones. ¿Os sirvo refrigerio?..

—Perdonad que no lo acepte, marqués. He venido a algo que no armoniza con las frívolas intenciones que abrigáis.

—Es extraño... No creo que seáis varón... Y, no obstante, empiezo a dudar... ¿Deseáis imponerme el incógnito? Quisiera veros el rostro... o al menos adivinar...

—Se advierte cierto matiz de inquietud en vuestra voz—replicó la máscara—. ¿No sois el valiente que a nadie teme?

—También yo percibo que hay animosidad en vuestra voz. Y tengo la extraña impresión de que soy observado a través de ese tupido encaje por dos ojos mortecinos, fríos, implacables...

Y, de pronto, Luis Vergara, impaciente, avanzó tendida la mano hacia el pañuelo que rodeaba la cabeza desconocida. Retrocedió tan vivamente como había avanzado, porque una espada acababa de destellar en rojizos reflejos, dirigida hacia su pecho.

—¿Qué... locura es ésta, señora?

—Ni es locura ni señora soy... para vos.—Y la extraña figura

negra, en pie, proyectaba sombra agorera. —Vine a mataros, marqués de Vergara.

El capitán, vigilante, colocada la diestra en la guarda de su espada, trato de expresar su asombro:

—Si a matarme vinisteis, ¿por qué lo hicisteis con tanto sigilo y encubiertamente?

—Ni vos ni nadie sabréis, hasta que llegue el momento, quién soy yo.

—Para matarme, causa justa debéis defender. ¿En qué os ofendí?

—A mí... personalmente, en nada. Pero ofendisteis a alguien, en cuyo nombre acudo.

—¿Esposa, hermana, prometida?..

—Vais retrocediendo...

—Escasa es aquí la luz y también el espacio. Atrás queda un jardín, y románticamente la luna será testigo de que no pienso mataros, sino descubrir vuestra personalidad. Me intrigáis... ¿Sois mujer? ¿Sois,...?

Y súbitamente, a la vez que saltaba hacia el jardín, empujando con las espaldas la puerta, exclamó Vergara:

—¿Sois acaso el conde Ferblanc?

Y, ya en el jardín, espada desenvainada, aguardó.

Con estudiada lentitud apareció la negra silueta.

—Sólo el conde Ferblanc tiene injuria que vengar... Y muy amigo es de esas mascaradas...

—Juramento os hago de que no soy el conde Ferblanc. No necesita él encubrirse para matar.

—Sí, porque, por formar un hogar estable, desea ser por luengos años coronel del Tercer Tercio, y del primero al último de los oficiales juramentados estamos para impedírselo.

—Encono injusto, capitán Vergara. Y ved... Por esa vuestra frase, he decidido que no moriréis. Viviréis avergonzado, para presenciar como las mezquindades nunca triunfan.

—¡Ahora sé que sois Ferblanc o algún maldito familiar suyo, o cualquiera de sus bellacos piratas! ¡El viejo león no quiere dar zarpazos y sus cachorros atacan! ¡Vais a saber quién soy!

—¿No decíais que lo que deseabais era saber quién era yo?

La burla contenida en la opaca voz acaloró al capitán Vergara, que trabó rudo contacto con la hoja enemiga.

Las fases preliminares del silencioso duelo eran de tanteo, como en todo comienzo de lance entre adversarios prudentes que tratan de conocer la fuerza opuesta.

La escuela del marqués de Vergara era netamente española: abierta, dura y sin fintas.

La escuela de su oponente era sinuosa, deslizante, pero sumamente peligrosa, por la agilidad serpentina de sus fintas.

Retrocedió en una trabazón el capitán Vergara, pálido e iracundo a la vez. Pálido de repentino dolor agudo, e iracundo por lo que suponía el leve punterazo qué acababa de recibir en la mejilla izquierda.

Su dominio de la esgrima le hacía comprender que aquel leve punterazo podía haber sido estocada mortal al cuello.

Llevóse la mano zurda a la sangrante mejilla cortada en sesgo, en breve trazo.

Su adversarlo aguardaba...

—¡Follón!—rugió Vergara, ante lo incomprensible.

Cargó algo precipitadamente, y en el primer contacto de hojas volvió a saltar hacia atrás, perplejo...

De nuevo en su mejilla, y casi rozando el pómulo, sobre la reciente herida, otro corte algo mayor sangraba...

La convicción de que su adversario jugaba con él irritó hasta el máximo al capitán.

—¡Maldición! ¡Sois el conde Ferblanc!

—Él no usa encajes ni tapujos, marqués.

Por tercera vez, y después de varios intercambios, hallóse Luis Vergara al borde de llorar de furor y humillación.

Un trazo casi vertical acababa de sesgar su mejilla desde el pómulo hasta la quijada...

Y ya desenfrenadamente lanzóse a un ataque furioso. Pero la máscara parecía un muro flexible...

Cuando un recio estoconazo atravesó su brazo izquierdo, el capitán, tambaleándose, sintió espasmos de rabiosa ira...

La herida había sido honda, calando hueso... Y, debilitado, Luis Vergara sintió nublársele la vista, cuando otra estocada, imparable, atravesó de parte a parte su brazo derecho.

Cayó hacia delante, arrodillado primero, de bruces después, y por fin, en revulsión iracunda, quedó boca arriba.

Sus dos brazos sangraban copiosamente por aquellas heridas, producidas en forma extraña e impresionante por un acero temible.

Y en la mejilla izquierda, tres rayas sanguinolentas trazaban una seña extraña...

La silueta negra envainó. Por unos instantes sus manos enguantadas parecieron frotarse entre sí, pero estaban sacando de la bocamanga un pañuelo negro de encajes...

El pañuelo negro de encajes cayó sobre el pecho del vencido. Destacaba como una nota fúnebre en el coleto de rizada blancura.

En la penumbra del jardín esfumóse la silueta alucinante del que acababa de “marcar” al primero de sus ajusticiados.

Capítulo X

Hogar, dulce hogar...

Carlos Lezama durmió profundamente toda la noche en que Luis Vergara vivió su extraña aventura.

Al rayar el alba, según inveterada costumbre, despertóse. Descendió al estanque del jardín para proceder a su baño matutino; en recias brazadas, efectúaba un ejercicio saludable, que mantenía en perfectas condiciones su fortaleza física.

Acababa de desayunar, servido por Juan Pérez, cuando en el comedor sonaron las sentimentales notas de la balada inglesa "Hogar, dulce hogar..."

Y Diego Lucientes, afeitado pulcramente, despierto el semblante, y sonriendo bien humorado, entró, silbando la melodía.

—Hola, don Diego. Buen despertar tienes hoy.

—Débese a que no me he acostado aún. Ave nocturna soy. Dormir de noche estaba enmoheciendo mis resortes de sempiterno y testarudo empeño alegro, ¡Ah, Juanelo! Bienoliente brebaje sirves.

El pirata, después de servir el café, abandonó el comedor.

Carlos Lezama miró con curiosidad al madrileño.

—Te observo y percibo en ti algo raro, don Diego.

—Es que hoy estoy de un guapo que atufa. Me siento rejuvenecido. Huyeron las sombras negras de la melancolía pasajera que latía en cenizozos rescoldos enfermizos.

—¡Tate!... ¡Tú estás enamorado!

—¿Yo? Antes..., fraile. Soy un misógino. Detesto las mujeres. ¡Son un asco..., pero tan dulce!... No, mi coronel... No es a causa de mujer por lo que exhibo hilarante faz. Es que... soy lunático, como no se te oculta. Y hoy percibo toda la satisfacción que alienta en este hogar.

—Será así...

—Así es; no lo dudes. ¿Yo enamorarme de nuevo? Ni pensarlo...Desde que soy “Genoveva Lirio”, tengo suficiente distracción. Bien, coronel Lezama, ¿me toleráis que me inmiscuya en el orden interior de vuestro hogar?

—Hogar que es también el tuyo.

—Bueno... Tú sabes que yo no soy ningún chivato...

—Coloca una onza encima de la mesa—atajó el Pirata Negro—. Tenemos que dar el ejemplo, y no estás en la bodega. La palabra que has pronunciado es de las prohibidas.

—Vaya... Ahí va mi onza. Estás buscando mi ruina. Volviendo a lo que decía... Yo no soy ningún soplón, y ésa no paga, porque es castellano viejo. Pero lo cierto es que yo, que me eduqué en la universidad del descaro y la necesidad, conozco mucha gramática parda, que sé aplicar para los demás, ya que no para mí. Le falta algo a tu hogar, coronel.

—¿El qué?

—No olvidar que, aparte tu ejemplarísima esposa, los demás necesitamos diversión. Yo la tengo... Pero Cheij era espíritu libre, y, aunque esté enamorado, no debe empacharse. Dale rienda suelta.

—La tiene.

—Anoche, tras cenar, y después de dejar a Gabriela, salió casi diré que a hurtadillas del hogar... ¡Y... también mi tormento de hija salió poco después que él!

—¡Tate!... Este mediodía, durante el almuerzo, aclararé eso, porque te conozco, caimán, y sé que nada aclararás tú. Citas los pecadores, pero no el pecado. Espero que, obedezca a lo que obedezca la salida nocturna de tu hija, sabrás sermonearla.

—Yo soy manquito—sonrió Lucientes, golpeándose el antebrazo de hierro— A ti, como coronel del hogar, y cabeza visible de decisiones, te toca enjuiciar.

—Este mediodía enjuiciaré. Oye: ¿por qué ostentas esa sonrisa de cazurro que se las sabe todas?

—No te subas a la parra, coronel. Es que resulta divertido, emocionadamente divertido, ver tus esfuerzos para conducir a buen puerto este hogar y esta familia.

—No es tan difícil.

—Según... y cómo. En fin, mi coronel, me voy a mi trabajo.

—¿Qué trabajo? Y no pregunto, si no quieres contestar.

Levantóse Lucientes, calándose el tricornio.

—La satisfacción del deber cumplido me hace estar de buen humor. Me dirijo al sacrosanto lugar donde se imprime *La Voz del Hurón*. Esta madrugada, a las cuatro, supo encontrarme por las vallas de Latacunga el buen maese Huarte, Me anunció una reciente noticia extrañísima, y voy a componer una crónica nueva. Trabajar me sienta bien.

—¿Estuviste esta noche trabajando?

—Sí y no, según cómo se mire. En Latacunga hay muchas ocasiones de diversión. Rivalizan las casas señoriales en bailes y reuniones. Y, siguiendo tu consejo, empiezo a frecuentar compañías, que pueden conducirme a un buen resultado: la obtención de chismes, escandalillos y novedades. Abur, mi coronel. Siempre a tus órdenes.

Y el pelirrojo alejóse silbando la melodía en la que los ingleses habían volcado toda su sentimentalidad, elogiando las delicias únicas y verdaderas del hogar.

Carlos Lezama montó a caballo, y durante largo tiempo, hasta la llegada de las diez, dedicóse a su matinal ejercicio: galopar y mantener en forma sus muñecas, esgrimiendo contra “Cien Chirlos” y Ambrosio Bustamante.

En el jardín del hogar del Pirata Negro, Mireya de Ferjus y Gabriela Lucientes paseaban conversando.

La dicha más completa reinaba en el hogar del coronel Lezama. Al menos no había sombra alguna en aquella mañana..., hasta el mediodía, en que empezaría a mencionarse, con mutuos recelos, la personalidad misteriosa del que como contraseña dejaba un pañuelo negro.

PRÓXIMO EPISODIO:
“PAÑUELO NEGRO”

Notas

[1] Véase La dama del mesón. < <

[2] Véase *Cara y Cruz* < <

[3] Véase *Los filibusteros* < <